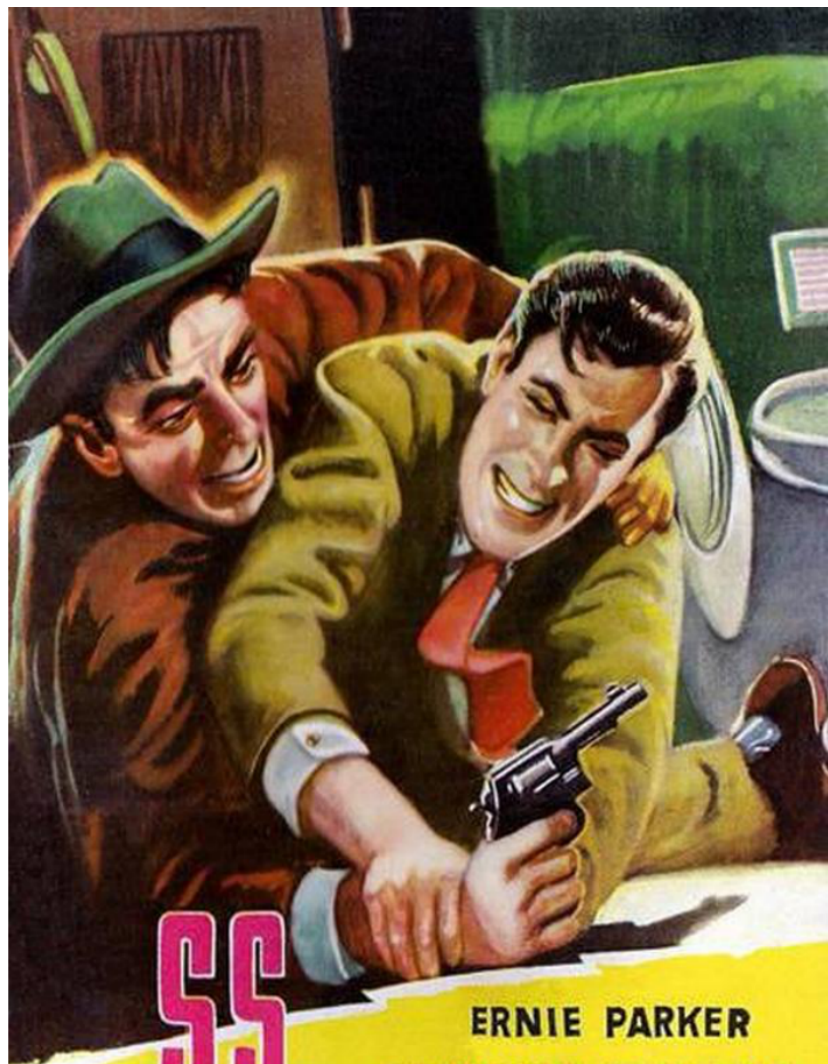




SS

**SERVICIO
SECRETO**

ERNIE PARKER

MISION EN LOS BALCANES

MISIÓN EN LOS BALCANES



ERNIE PARKER

Misión en los Balcanes

1.^a EDICIÓN
FEBRERO-1951

EDITORIAL

Proyecto, 2 T. 234453



BRUGUERA

BARCELONA [6]

Reservados los derechos
para la presente edición

IMPRESO en
GRÁFICAS BRUGUERA
BARCELONA

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Misión en los BALCANES

por

ERNIE PARKER



PRÓLOGO

La Embajada inglesa en Belgrado, en aquel fatídico 13 de abril de 1941, estaba viviendo horas de insólita agitación.

Un sordo trueno ininterrumpido repercutía en todos los ámbitos del espacio, y se percibía ya muy cercano el intenso cañoneo; era inminente la irrupción de las *Panzern Divisionen* en la capital yugoslava.

El rey Pedro, con un reducido séquito, había salido ya del país a bordo de un destructor británico, y se percibía por doquier una densa atmósfera de nerviosidad e inquietud.

Todas las defensas militares se habían derrumbado, y las formaciones del ejército estaban desarticuladas, aniquiladas casi por la *Luftwaffe*, que cubría el cielo con sus aviones. Y una ingente y alocada muchedumbre obstruía las carreteras, desbordándose hacia el sur, con la esperanza de hallar en el Adriático barcos que los evacuasen.

Las chimeneas de la Embajada estaban al rojo vivo, como no lo estuvieron durante el crudo invierno precedente. Ficheros, archivos y cajones de cierre automático iban siendo vaciados sobre el hogar, y las lenguas de fuego devoraban montones de importantes documentos. Se había perdido ya toda, esperanza de salvarlos, y sólo se conservaban, en una pequeña caja blindada, cierto número de ellos, de excepcional trascendencia.

Entre tanto, en su anchuroso y severo despacho, el embajador transmitía sus últimas órdenes con coque firme y serena. Nada en su rostro o actitud reflejaban la nerviosidad que le rodeaba, y, de no ser por la inusitada actividad de los secretarios y otros funcionarios, y el aire de tragedia que se respiraba, como en todas partes, hubiérase dicho que era un día como cualquier otro.

Pero aunque no trascendiera en sus gestos, Sir James Arlen no dejaba de ponderar la gravedad de la situación, y ya había

adoptado acertadas medidas para afrontarla.

—¿Ha llegado Alan Prescott? —preguntó a su secretario particular, a través del intercomunicado.

—No, Excelencia —respondió aquél.

—Hágale pasar inmediatamente, cuando venga —ordenó.

«¿Habré de partir sin él?», pensó luego, preocupado.

Alan Prescott era un eficiente y audaz agente del «Intelligence Service», al que se confiaban las más difíciles y arriesgadas empresas, porque había alcanzado pleno éxito en todas sus actuaciones. Poseía una asombrosa energía y una gran capacidad de iniciativa, y era hábil, tenaz y temerario en grado superlativo.

Y ahora se hallaba entregado a la ardua tarea de intentar la recuperación de unos documentos cifrados que contenían secretos militares de gran importancia: planes relativos a evacuación del territorio en caso de invasión, relación de unidades especiales inglesas que guarnecían distintos puntos, y proyecto de ayuda inmediata por mar y aire.

Habían sido robados dos días antes del departamento perteneciente al agregado militar de la Embajada, que se suicidó al descubrir el hecho...

Una violentísima explosión, que retumbó más cerca que las anteriores, hizo temblar las paredes y vibrarlos cristales de los balcones. Comenzaba otro bombardeo aéreo de la capital...

Con rostro impasible, el embajador consultó su cronómetro, y luego pulsó un botón del intercomunicador.

—Saldremos dentro de media hora, Sinclair —dijo—. Que todo esté dispuesto.

«Es extraño que Alan no esté aquí —reflexionó—. ¿Dónde diablos estará metido?».

Y lo que *Sir James Arlen* no podía sospechar, era que, en aquellos momentos, el intrépido Alan. Prescott se encontraba preso en el sótano de una casa de la calle Kralja Petra, y que la bomba de un «Messerschmidt» acababa de partir en dos el inmueble...

CAPÍTULO PRIMERO

Cuarenta y ocho horas antes, inmediatamente después de descubrirse el extraño robo de los documentos cifrados alusivos a planes militares secretos, Alan Prescott se puso en acción, sin descuidar otras pesquisas que se hallaba realizando.

El que los había robado, quienquiera que fuese, desconocía la clave, y también, desde luego, los que ahora los retenían; lo que sería grave, y había que evitar por todos los medios, era que fuesen a parar a manos del agente de la Gestapo, que a su vez los pondría en manos de algún especialista en claves.

Y aquel mismo día, al anochecer, Alan se introdujo en el despacho del subgerente del Sibenik Bank, persona que hacía tiempo venía inspirándole serias sospechas.

Era Alan Prescott hombre de treinta años escasos, de gran corpulencia, aventajada estatura y vigor casi sobrenatural. Física e intelectualmente era un ser superdotado de las mejores cualidades, pues poseía una despejada inteligencia y una extraordinaria intuición, y la facultad de adoptar en el acto las resoluciones de mayor trascendencia. La ficha que bajo su nombre existía en los archivos secretos del «Intelligence Service» reseñaba, entre otros datos y rasgos: «Ojos grises, pelo negro, nariz aguileña, mentón prognático, tez bronceada; estatura, 1,77... Habla alemán, francés e italiano, además del idioma propio. Buen tirador de pistola y excampeón de lucha libre...».

Éste era el hombre que aquella tarde había acudido al Banco a última hora, poco antes de cerrar, y después de recoger algunas observaciones con sagaz mirada, se había encerrado en un armario empotrado en el interior de un lavabo.

Cuando hubieron salido todos los empleados, aprovechó un descuido del vigilante, que se hallaba recorriendo otro departamento, para encaminarse sigilosamente al despacho del

subgerente.

Una vez allí, cerró por dentro las dos puertas de la estancia. Si por casualidad se acercaba a una de ellas el vigilante, tendría tiempo de salir por la otra.

Llevaba consigo un juego de ganzúas y una llave maestra, que le permitieron abrir, uno por uno, todos los cajones de la mesa. Febrilmente examinó su contenido, mas no halló nada de lo que buscaba. Tal vez en la caja fuerte... Pero ¿cómo abrirla? Tendría que desistir del intento, de momento.

Luego, cubriendo con la mano el potente foco de la «Still», inspeccionó los escasos libros y papeles que había sobre la mesa. Tal vez lo más importante se hallaba bien a la vista. Mas el examen también resultó infructuoso.

Rápidamente, hojeó el bloc calendario.

Y expectante, se fijó en determinadas anotaciones.

En la hoja correspondiente al 31 de marzo decía, entre otras cosas:

«7 tarde-Kolarceva.

»9 noche-Beckerek. Urge transferencia».

En la del 7 de abril se leía:

«Central Eléctrica necesita carbón».

Y bajo la fecha del 11 de abril, y entre otros apuntes:

«Mañana, reunión conjunta. Inaplazable».

Tal indicación quedaba confirmada sobre la hoja correspondiente al día 12 de abril, que era el siguiente a aquél en que tenían lugar estos hechos.

En apariencia se trataba de anotaciones enteramente normales e intrascendentes en un sentido amplio, pero Alan las juzgó de extraordinario interés. Supo, sin lugar a dudas, que se hallaba en la verdadera pista, al menos en lo relativo a la evidencia, de una tenebrosa asociación entre aquellos individuos, conocidos en ciertos

medios por su tendencia germanófila, y vigilados discretamente por él desde hacía tiempo.

Con rápido rasgueo del lápiz, copió los sospechosos datos, en su bloc.

Faltaba saber si el robo de los documentos había sido realizado por inducción de Dubrovnik, el subgerente, o cualquiera de sus secuaces, aunque era de suponer, dada la índole especial de los documentos, que había otra persona más directamente interesada en el asunto. Y esto Alan lo sabría pronto.

También había que averiguar quién era el jefe del grupo. En virtud de determinadas circunstancias, concentraba sus sospechas en un individuo apellidado Klaus, alemán o de origen alemán, ocupado en importantes negocios de muy diversa índole.

Se iba haciendo estas reflexiones mientras se disponía a salir del Banco. No podía hacerlo por la planta baja, pues todas las ventanas estaban protegidas por sólidas rejas; por eso, cautelosamente, se dirigió al primer piso, burlando al vigilante, y asomándose a una de las ventanas de la fachada posterior, se descolgó ágilmente por ella, demostrando ser un gimnasta consumado.

Ya en la calle, solitaria a aquellas horas como la mayoría de ellas desde que soplaban vientos amenazadores que traían el lejano estampido del cañón, se dirigió a buen paso hacia uno de los domicilios que tenía en Belgrado. En este caso se trataba de una habitación, con balcón a la calle, en el primer piso de la casa frontera a la morada de Dubrovnik.

Hubiera querido conocer el curso de la investigación abierta en la Embajada a raíz del misterioso robo, pero no creyó oportuno acercarse al edificio que ocupaba, y además, no tenía tiempo para ello. De momento, lo más importante era averiguar el lugar de la entrevista.

Al día siguiente, la tenaz vigilancia desplegada por Alan Prescott comenzó a dar sus frutos.

Iba ya mediada la tarde y en la casa de Dubrovnik no había entrado nadie que pudiera inspirarle sospechas, y tampoco había salido aquél. Los Bancos y otros establecimientos públicos ya no abrían sus puertas aquel día, en que la tragedia flotaba en el ambiente como una roja y densa nube asfixiante.

Sintiendo leve impaciencia, se dispuso a bajar a la calle. Ante la

puerta de la casa de enfrente acababa de detenerse un automóvil de matrícula extranjera.

Con el ala del fieltro sobre la cara, y subiéndose el amplio cuello de la gabardina como si tuviera frío, después de ponerse unas grandes gafas oscuras, descendió rápidamente las escaleras... Luego recorrió la acera y dobló la primera esquina. Otro auto le aguardaba a él allí.

Instantes más tarde, Dubrovnik salía de su casa, y después de dirigir una fugaz mirada arriba y abajo de la calle, subió apresuradamente al coche que le esperaba.

Éste apenas hizo ruido al ponerse en marcha, pero el fino oído de Alan lo percibió. Al cabo de dos segundos, indicó al conductor:

—En marcha —y al doblar la esquina, añadió—: Siga a ese coche verde, y procure no perderlo de vista.

Cruzaron velozmente la ciudad, en dirección al norte, y pronto se internaron por la espléndida autopista que conducía a Novi Sad. Alan, pensó que no había riesgo de que Dubrovnik temiera que le seguían. El tráfico era cada vez más intenso, y llegó un momento en que la avalancha de gentes que se dirigían hacia el sur, huyendo de los invasores, amenazó con dejar embotellado el vehículo en que iba el subgerente del Banco, que al fin pudo desviarse por una carretera secundaria.

Sería aquél, sin duda, el camino obligado de todos los autos que aquel día quisieran dirigirse a Novi Sad, porque otros, dos vehículos, con distintivos militares, avanzaban por él, pero Alan dispuso que se alargase la distancia que le separaba del coche verde. Por lo demás, la carretera presentaba frecuentes pendientes en ambos sentidos y múltiples recodos.

Por un momento, hallándose en terreno llano, Alan perdió de vista su objetivo. Mas enseguida se dio cuenta de que el automóvil de Dubrovnik había torcido hacia la izquierda, para volver a la autopista.

Al pie de ésta, y aun a cierta distancia, se elevaba un soberbio edificio solitario, de piedra y mármol. Alan tuvo la intuición de que era allá a dónde se dirigían, pues no había otra construcción a lo largo de la autopista hasta Novi Sad, y estaban ya peligrosamente cerca de la línea de fuego. Por otra parte, el célebre y suntuoso Casino de Novi Sad era el lugar más adecuado para celebrar, en

aquellas circunstancias, una entrevista secreta a plena luz. En efecto: ¿quién podría sospechar que allí iba a tener lugar una reunión de espías y conspiradores, mientras por delante del edificio se desbordaba un río humano de fugitivos?

Alan estaba seguro de no equivocarse en sus presunciones, mas de todas formas debían abandonar la persecución si deseaba pasar inadvertido. Y, por otra parte, estaba seguro de poder localizar aquel coche, aun cuando su matrícula fuese falsa... Ordenó al conductor que siguiera por la carretera que les llevó hasta allí, y le indicó que parase cuando avanzaban junto a una escarpadura que impedía toda visión desde la autopista y cercanías.

Se apeó, indicando al chofer que le aguardase por allí, y a buen paso, enfiló el camino que había, seguido el coche verde. El día era nublado, y un prematuro crepúsculo se cernía sobre los campos, pero para mayor seguridad de no ser descubierto, avanzó rápidamente por la cuneta, bajo los árboles que a trechos bordeaban el camino. En el auto había dejado el fieltro y la gabardina, y se había quitado las gafas, aunque suponía que no le habían visto en Belgrado al salir de su observatorio.

Poco después llegaba junto al alto muro del jardín que rodeaba el edificio, y que ante la fachada principal era substituido por una verja de hierro. Deslizóse a lo largo de la tapia cubierta de enredaderas, buscando la puertecilla que creía no podía faltar. La halló al fin, pero estaba cerrada. Sin embargo, esto no era un obstáculo; rebuscó en sus bolsillos, y pronto tuvo franqueada la entrada.

Una rápida ojeada, que abarcó todo el jardín, le bastó para cerciorarse de que estaba desierto, y de que nadie vigilaba desde las ventanas del Casino. Por lo demás, ya anochecía, y el jardín se llenaba de sombras vagas. Sigilosamente, avanzó por él, a lo largo de los parterres donde crecían plantas y arbustos.

Ya ante la gran rotonda de cristales, advirtió que la cancela se hallaba entornada, y pasó al interior. En torno suyo todo era silencio, pero aún no llegó a pensar que se hubiera equivocado al suponer que aquél era el lugar de la reunión.

Con ademán instintivo se palpó el revólver que pendía ele una funda, bajo su axila izquierda; además, llevaba una pistola en el bolsillo de su americana. Cautelosamente, recorrió varias

dependencias desiertas. Y ya se disponía a ascender por la escalinata que conducía al piso superior, cuando creyó escuchar el murmullo de una conversación que debía celebrarse en una de las estancias cercanas al anchuroso vestíbulo.

Se acercó a la puerta entreabierta y aguzó el oído.

—... Sí, Marika —decía una voz masculina—. Este fastuoso casino está hipotecado por el Sibenik Bank, y además, su dueño me adeuda una importante cantidad. Por tanto, casi me pertenece por completo, doblemente si se considera que el hombre, según los informes que poseo, ya debe haber abandonado el país a estas horas...

—Me congratulo por todo ello, Dubrovnik —contestó la mujer, invisible también para Alan. Y tras una breve pausa, preguntó—: ¿A qué hora han de venir los otros?

—Ya debieran estar aquí. No me explico su retraso...

—Yo sí —replicó ella—. Deben tener miedo...

—Si es así, peor para ellos —masculló Dubrovnik—. Lo que menos comprendo es la tardanza de Klaus. Éste no puede fallar...

—Creo que nosotros nos hemos adelantado, pero desde luego, hay que reconocer que se ha escogido un momento bastante crítico para la reunión —observó la voz femenina, que tenía acento extranjero.

—Los acontecimientos se han precipitado, Marika —respondió él—. Y, sin duda, es la ocasión más oportuna para no despertar enojosas sospechas.

El agente del «Intelligence, Service» pensó que, de momento, ya había oído bastante.

Quedaba confirmada la preponderante intervención de Klaus, sabía ya que el propietario del casino no acudiría, y comprobaba que un nuevo personaje entraba en escena, para hacerla más atractiva: Marika. ¿Quién, era esta mujer?

Ya lo averiguaría. Ahora debía aprovechar el tiempo que faltaba para la llegada de los otros, inspeccionando el edificio. Ya había recorrido la planta baja, pero también le convenía ver, por lo menos, el piso inmediato.

Sigilosamente se dirigió hacia la escalinata, y ascendió por ella, mientras pensaba en los medios de que se valdría para enterarse de lo que hablasen, y apoderarse de los documentos secretos... si los

llevaban.

Urgía adoptar una decisión enérgica y contundente, porque los minutos eran preciosos.

Ya al penetrar allí se dio cuenta de que todo el personal que atendía las diversas dependencias había abandonado el casino. Suplantar a uno de los camareros no resultaría difícil, mas no estimó, factible tal recurso, porque si bien la ausencia del dueño le libraría de ser descubierto, los que allí se reunieran acogerían con recelos la inesperada presencia de un servidor rezagado, y por lo menos le impedirían el acceso al salón. ¡Y era una lástima no poder realizar este plan, porque hubiera resultado divertido servirles un café con unas gotas del activo narcótico que siempre llevaba consigo! Pero aparte del inconveniente apuntado, este ardid tenía la desventaja de que al adormecerlos los hacía enmudecer, y esto tampoco le interesaba. Debía enterarse de todo, cuanto antes.

Otro; medio de investigación directa consistía en descolgarse por la chimenea y escuchar cuánto hablasen, suspendido a ras de la campana. Pero ¿y si no había chimenea en el salón escogido, o no era lo suficientemente amplia para que pudiera deslizarse por su interior? Ahora recordó el truco mencionado en algunas novelas policíacas, relativo a la instalación de un dictáfono que permitía escuchar cómodamente cuanto se hablase en la habitación donde se hubiese colocado, y no pudo por menos de sonreír. Era, sin duda, una buena, estratagema, pero él no podía usarla, porque carecía del aparato. Si lo tuviera, tal vez haciéndolo descender por el interior de la chimenea...

Bien mirado, sólo le quedaba el recurso heroico de irrumpir en el salón con un arma en cada mano, en el momento que juzgase más oportuno, pero ¿qué resolvía con ello? ¿De qué conseguiría enterarse?

Había recorrido ya enteramente el ala izquierda del edificio, y buena parte de la derecha; únicamente le faltaba ver...

Sí, allí pedía encontrar la solución del problema. La puerta que había abierto silenciosamente daba paso a una galería circular desde la que escuchó palabras sueltas de una conversación; tal galería circundaba, en lo alto, el salón en que se hallaban Dubrovnik y Marika.

Aqué! sería un magnífico lugar para informarse de cuanto le

convenía saber, si es que la suerte no le volvía la espalda.

El ruido del motor de un coche que se acercaba cortó sus reflexiones. Mentalmente calculó la distancia. Instantes después, sus ruedas hacían crujir la grava del jardín, y con un chirrido de los frenos, se detuvo ante la fachada principal.

Alan Prescott podía observar bien desde allí a los que llegaban, mas como no tenía la seguridad de que se reuniesen en aquel salón, juzgó oportuno salir y ocultarse tras la gruesa columna que remataba la escalinata, desde donde dominaba todo el vestíbulo.

Habían resonado en la puerta unos golpes imperiosos, y Dubrovnik salía a abrir en aquel momento.

En el umbral se perfiló la maciza silueta de un hombre de elevada estatura, amplio tórax y cabeza cuadrada, asentada en un cuello corto y poderoso. Avanzó con decisión, y aunque vestía de paisano, se advertía en sus marciales movimientos que era militar.

—Buenas noches, *Kapitan* Klaus —saludó Dubrovnik, en tono obsequioso.

—Le he dicho que no debe nombrarme así... todavía —contestó, ásperamente, el recién llegado.

—Creí que aquí no importaba, *Herr* Klaus —disculpóse el subgerente del Banco.

—Bien. Supongo que ya habrán llegado todos, ¿no? —dijo el alemán, mientras cruzaban el vestíbulo.

—Marika está en el salón...

—Detesto la falta de puntualidad, pero habrá que esperarles.

El agente del «Intelligence Service» se había deslizado hasta su observatorio de la galería circular, desde donde percibía perfectamente cuánto ocurría unos metros más abajo. Seguramente, aquél era el lugar en que se celebraría la entrevista.

—¿Estamos solos? —inquirió el oficial teutón, con significativa intención.

—Completamente solos, *Herr* Klaus —repuso Dubrovnik—. La servidumbre debió huir también.

—¿Ha escudriñado todos los rincones? —insistió, con cierta ironía, y una mueca en los labios que aspiraba a ser sonrisa.

—Cuando llegué, recorrí los tres pisos, y me aseguré de que todos los balcones y ventanas estaban bien cerrados.

—¿Y todas las puertas también? —continuó el alemán, sin

borrar de su rostro la mueca desagradable.

El subgerente del Sibenik Bank vaciló un momento. No estaba seguro de si, al volver del jardín, que inspeccionó con detenimiento, había cerrado la cancela de la rotonda de cristales... Pero el *Kapitan* Klaus, de la Gestapo, no toleraba indecisiones ni dudas. Por eso se apresuró a responder:

—Todos los accesos están cerrados, *Herr* Klaus —y pensó que, en realidad, nada podían temer.

Klaus le miró unos instantes, inquisitivamente, mas nada dijo. En el exterior sonaba el zumbido de un automóvil que se acercaba velozmente.

Y en, la obscuridad, Alan Prescott sonreía...

—Esperemos que lleguen juntos Kolarceva y Beckerek —murmuró el oficial.

Alan ya no creyó necesario moverse para ver quién llegaba, porque sin duda entraría a saludar al «jefe», que ahora no dudaba quién era. Aunque también podría serlo la llamada Marika, a quien el oficial había saludado con toda deferencia, y que durante la conversación entre él y el yugoslavo había permanecido en indiferente actitud, fumando un cigarrillo.

Era una mujer joven y rubia, de ojos grises y facciones agraciadas, que tenían el sello clásicamente germánico. Vestía con singular elegancia, que armonizaba bien con el marco de suntuosidad que la rodeaba.

Pero Alan Prescott no pudo seguir prestándole atención, pese a la ávida curiosidad que sentía por ella, porque la llegada de dos hombros, acompañados por Dubrovnik que les había franqueado la entrada, acaparó su interés.

No le eran desconocidos, pues hacía tiempo que procuraba orientarse acerca de las actividades que desarrollaban al margen de las que todos conocían: Beckerek era propietario de una importante Compañía Naviera, la «Susak Plovidba»; Kolarceva, presidente de un poderoso consorcio minero de Croacia.

El primero era alto y delgado, y aparentaba unos cincuenta años; su rostro cetrino, pequeño y anguloso, rematado por una larga nariz, le daba cierta semejanza con un pájaro. Kolarceva parecía algo más joven, y su corta estatura ofrecía gran contraste con la corpulencia de Dubrovnik, que iba a su lado. Era un individuo de

apariencia anodina, y su mirada huidiza brillaba a veces bajo los gruesos cristales de sus gafas.

Alan pensó entonces que debía aprovechar aquellos primeros momentos, antes de que abordasen los temas que eran objeto de la reunión, y con el sigilo y la ligereza de un indio, bajó por la escalinata y cruzó el vestíbulo. La puerta del salón ya había sido cerrada.

CAPÍTULO II

Alan Prescott abrió silenciosamente la puerta de salida, y se inmovilizó bajo el dintel. Ignoraba si fuera encontraría algunos esbirros de los personajes reunidos en el interior, pero iba dispuesto a todo. Hubiera sido menos arriesgado, en todos sentidos, utilizar el camino seguido para introducirse en el elegante casino, pero aquello hubiera significado una gran pérdida de tiempo.

Sus ojos, habituados ya a la obscuridad, no distinguieron a nadie... en el jardín. Pero al otro lado de la verja, en la carretera, se deslizaban, a intervalos, sombras agobiadas bajo el peso de su infortunio, que emprendían el éxodo hacia el sur, huyendo del invasor. Eran gentes jadeantes y sudorosas, que arrastraban consigo lo más indispensable de su modesto ajuar.

Y el agente del Servicio Secreto inglés pensó, por un momento, en reunir a un puñado de aquellos hombres desesperados y lanzarse, al frente de ellos, contra los traidores yugoslavos y los ambiciosos extranjeros que en el interior conspiraban, y eran los responsables directos de la ruina de sus hogares.

Mas bien pronto desechó la idea. En primer lugar, creía bastarse sólo para acabar con ellos, por sorpresa, y por otra parte, los resultados que alcanzaría no serían los apetecidos.

Mientras reflexionaba fríamente, Alan se dirigía hacia el extremo del ala izquierda, donde calculaba que debía hallarse el garaje; cuando oyó llegar los automóviles, trató de orientarse sobre ello.

La puerta del garaje estaba cerrada, y tampoco había luz exterior. Sin duda les convenía disimular la presencia de vehículos.

Empujó con decisión el postigo, y vio que cedía. Se adentró tranquilamente en el amplio garaje, después de cerrar tras sí la puertecilla, y enseguida se vio ante dos hombres que le salían al encuentro, sin sospechar sus verdaderas intenciones, aunque algo recelosos. Ahora había que actuar con rapidez y energía, de acuerdo

con el plan que se había trazado.

—Me envía *Herr* Klaus para deciros que inmediatamente...

No se molestó en terminar, porque había conseguido lo que deseaba: que ambos se acercasen confiados y atentos.

Propinó a uno un fulminante puñetazo en el plexo solar, mientras asestaba un violentísimo puntapié a la mandíbula del otro. El primero cayó enroscado, y el segundo, se desplomó de espaldas, fracturándose la base del cráneo.

Casi en el acto, apareció otro individuo.

—*Zum Teufel!* —masculló sordamente.

Mas antes de que pudiera dar la alarma, Alan se abalanzó como un tigre sobre él, y con un fuerte golpe en la muñeca le hizo soltar la pistola que empuñaba. Siguió una feroz lucha cuerpo a cuerpo, porque su antagonista era fuerte y valiente; más al fin, utilizando una «llave» magistral, Alan consiguió hacerle caer aparatosamente. Pero el alemán no era menos ágil, y levantándose como impulsado por un resorte, se lanzó con la fuerza de un bólide hacia su enemigo. Alan se desvió a tiempo, y girando con rapidez, apoyóse en una mesa y proyectó ambos pies hacia delante, que alcanzaron al otro en el pecho y le hicieron tambalearse.

Y ahora, aquel sexto sentido que varias veces había salvado a Alan de la muerte, le avisó de un inminente peligro. El hombre que había sido atacado primero se incorporaba trabajosamente, tratando de sacar la pistola. Al volver la cabeza y percibir el ademán, Alan se dio cuenta en una fracción de segundo de que no podía saltar sobre él, porque el tercer hombre arremetía de nuevo furiosamente; parecía estar dotado de una energía sobrenatural.

Cogió un pesado taburete y lo lanzó con fuerza sobre el que intentaba disparar, con tan certera puntería, que le destrozó la cara, dejándole mal herido. El ataque del otro, que pretendía estrangularle por detrás, presionando con el antebrazo, no lo cogió desprevenido; se revolvió fieramente, y sujetando con ambas manos a su antagonista por el cogote, se inclinó con violencia hacia delante y le hizo saltar por encima eje sus hombros. Cuando aquél, aturdido, pretendió levantarse, le asestó un *upper-cut* verdaderamente explosivo, que le hizo caer de nuevo, desmadejado.

Luego, para asegurar su pasividad, se apresuró a atarle sólidamente con unas cuerdas que vio en el suelo, y le amordazó

con su propio pañuelo. No creyó necesario emplear esta última precaución con el herido, que seguía inconsciente, mas no dejó de atarlo para que no pudiese estorbar sus planes.

Al enderezarse aspiró una gran bocanada de aire. Había sido una labor dura, y había empleado más tiempo del que le convenía. Adelantando unos pasos, se inclinó a coger la pistola, que había ido a parar bajo uno de los automóviles.

Había cuatro allí: el de carrocería verde que trajo a Dubrovnik, un soberbio «Mercedes-Benz», un sólido «Adler» y un pequeño «Skoda».

Con ayuda de un destornillador que halló cerca, fue quitando rápidamente de las tres últimos, uno tras otro, el rotor del distribuidor, dejándolos así absolutamente inutilizados. Exceptuó el coche de Dubrovnik, que sabía era veloz y silencioso, porque seguramente lo necesitaría.

Guardóse las piezas para ponerlas a buen recaudo, y con una mirada conmisericordiosa para el muerto salió del garaje. El hombre amordazado, que había recuperado el conocimiento, le miró con ojos llameantes de cólera y odio...

En el interior del casino nada había variado. Pero al encaminarse de nuevo hacia su oculto observatorio, en la galería circular, con paso cauteloso y vista y oídos alerta, Alan Prescott deseó que no se presentase nadie más, porque de lo contrario habría de hacer hablar a las armas, y sus planes se malograrían...

—¿Sabía alguien que nos reuníamos aquí? —preguntó Gustaw Klaus cuándo ya llevaban algún tiempo reunidos, y después de escuchar los informes que le facilitaron los tres yugoslavos.

Alan, que llegaba en aquel preciso instante, pensó que el oficial alemán parecía olfatear un desconocido peligro.

—Nadie, *Herr* Klaus —contestó Dubrovnik, con aplomo—. Ni siquiera el dueño del casino.

—Entonces, ¿cómo se eligió este lugar?

—Creo poder asegurar que su propietario se encuentra ya fuera del país —afirmó el subgerente del Sibenik Bank, con suficiencia.

—Bien. Podemos, pues empezar ahora a tratar lo más importante —declaró Gustaw Klaus—. Jelacicev me telefoneó excusando su asistencia. En estos días no debe alejarse de la central-eléctrica; podría cometerse algún sabotaje... —concluyó con una mueca

sarcástica.

—Prudente medida, *Herr* Klaus —aprobó Beckerek—. En mi caso no era preciso adoptarla; todos los barcos se hallan en el mar, y a menos que hayan captado algún mensaje de alarma, sus tripulaciones aun ignoran que nos hallamos en guerra. Fue una simple infracción de las órdenes del Ministerio... Y como el emblema de la *Susak Plovidba* es una salvaguarda...

—Una especial salvaguarda, ciertamente —convino el oficial—, porque ninguno de los dos bandos les hostilizará durante cierto tiempo. Y por eso, bajo pabellón yugoslavo, tendrán la misión de recoger en las playas y en los puertos principales, a los que ahora huyen hacia el sur, entre los que se han infiltrado agentes nuestros.

La revelación de la maquiavélica estratagema levantó un murmullo de admiración entre los reunidos. Incluso el rostro de esfinge de Marika Veidt, quien sentía cierta disimulada animadversión hacia el orgulloso oficial, pareció iluminarse con el fulgor de sus ojos grises.

—La labor de tales agentes es ardua —prosiguió diciendo Gustaw Klaus, imperturbable—: consistirá en sofocar enérgicamente cualquier conato de rebelión que pueda producirse entre oficiales o marineros cuando conozcan el verdadero destino de los buques, y la orden de arriar el pabellón de su país; y también deberán reducir a cuántos hayan embarcado con ellos, ahogando cualquier intento subversivo. La escuadra del *Littorio* y nuestros submarinos colaborarán estrechamente para el buen fin del plan, que estratégicamente se apoyará en las propias directrices del proyecto británico de evacuación del país, con la ventaja de que podremos anticiparnos a las contramedidas previstas, anulándolas.

—¿Cómo se combatirá la acción de la flota inglesa? —preguntó ahora Marika, señalando el más grave obstáculo.

—Es numerosa, audaz y potente, sin duda alguna —reconoció el oficial germano—, pero no hay que olvidar que el Adriático es un mar controlado por el Eje, y escapa por tanto a su influencia. Por lo demás, hay que tener en cuenta que poderosos contingentes de «Stukas» y bombarderos pesados «Heinkel III» actuarán con los elementos citados antes.

—¿Y dónde están ahora los preciosos documentos escamoteados a la Embajada británica? —inquirió Kolaceva, interpretando

también el deseo de Beckerek.

El agente del *Intelligence Service*, que desde su escondite escuchaba con avidez las sensacionales revelaciones, concentró ahora toda su atención en la trascendental respuesta, sintiendo que el corazón le latía con fuerza inusitada.

—De acuerdo con mi indicación —repuso Klaus—. Marika los entregó a Dubrovnik para que los guardase en la caja blindada de su despacho del Banco. Era, indudablemente, el lugar más seguro.

Al recordarlo, Dubrovnik sintió un escalofrío de inquietud. Le asustaba tan grave responsabilidad...

—Quisiera ser aliviado pronto de la preocupación que representan para mí, *Herr Klaus* —se atrevió a decir, con voz que procuró sonase firme.

—Un hombre de sus ambiciones, Dubrovnik, ha de saber afrontar serenamente todos los riesgos —replicó, con aspereza, el alemán—. Y cuanto más peligro haya, mayor es el mérito; no lo olvide. Esos documentos han de ser entregados en propia mano al *Oberstleutnant* Lutz von Schoenberg, que ha de llegar de un momento a otro —y luego solemnemente, engolando la voz, anunció—: Mañana, es el día señalado para la entrada en Belgrado de las tropas del Tercer Reich.

—Un nuevo país para Alemania —observó Dubrovnik, servilmente—, que se sentirá orgulloso de su destino.

—Un nuevo país que entra en la órbita de la Gran Europa —corrigió Gustaw Klaus, incisivamente.

En su interior, el oficial germano, que tenía del honor y de la patria el más elevado concepto, despreciaba profundamente a aquellos miserables traidores, aunque las circunstancias le impelían a servirse de ellos.

—¿Y cuándo obtendremos la confirmación de nuestros nombramientos? —preguntó Kolarceva, deseando aliviar la tensión del momento y dando forma a una idea que hacía rato le acuciaba—. Puede decirse que, prácticamente, Yugoslavia se encuentra ya sin Gobierno.

—También eso incumbe al *Oberstleutnant*. Pero no se intranquilece, Kolarceva —agregó el agente de la Gestapo, en tono mordaz—; creo que, tiene usted segura la cartera de Industria. Y Beckerek la de Marina...

Dubrovnik se removió, impaciente, en su asiento. Y Marika Veidt intervino de nuevos.

—Vamos, *Kapitan* Klaus... No excite más la nerviosidad de nuestro amigo —indicó, mirando al subgerente del Banco—. Dígale que será ministro de Hacienda...

Los ojos de Dubrovnik se animaron, y adelantó el busto, ansioso.

—Desde luego. Siempre que todo llegue a buen, fin... —contestó el alemán, algo evasivamente.

—Nadie puede dudarle, *Herr* Klaus —afirmó el yugoslavo, con aplomo—. Y permítaseme decir que no hay otra persona más idónea para el desempeño del cargo —hizo una pausa, y agregó—: Ahora bien, considerando que el país se entrega inerte en vuestras manos, yo apelo en su nombre a la comprensión y generosidad del vencedor. Nuestra labor será así fácil.

La enfática exhortación irritó levemente al oficial tudesco.

—Creo que el insigne Dubrovnik olvida ahora que su labor y la de sus distinguidos colegas ha costado a la Hacienda alemana treinta millones de reichsmarks —comentó con expresión sarcástica.

—En los que va incluido el precio de nueve motonaves y otras embarcaciones —apresuróse a subrayar Beckerek, algo molesto.

—Y la explotación por veinte años de las minas de Croacia —agregó Kolarceva, con cierta ironía.

—Sí, nueve cascos viejos que habrá que desguazar y convertir en chatarra dentro de poco —replicó Gustaw Klaus, despectivamente —, y unas minas casi exhaustas. Es evidente que todo ello está pagado a muy buen precio, si se considera la operación desde un punto de vista comercial. Y además existen las llamadas «reparaciones de guerra»...

Kolarceva y Beckerek sustentaban una opinión muy diferente, mas se abstuvieron de hacer nuevas objeciones.

Pero Dubrovnik se sublevó al oír aquellas palabras, y casi insolentemente dijo:

—Quisiera saber, *Herr* Klaus, si también incluye en la «operación» las informaciones que se le facilitaron sobre defensas militares de la frontera, que han permitido aniquilarlas rápidamente.

El agente de la Gestapo, sin responder, clavó una fría mirada en el que le había interpelado, y volviéndose, hacia Marika Veidt

sugirió suavemente:

—¿Por qué no explica ahora cómo consiguió el acceso a los archivos secretos de la embajada británica? Seguramente estos señores están impacientes por enterarse.

Alan Prescott, que hacía rato estaba conteniendo sus impulsos de exterminar a tiros a aquella manada de lobos, redobló su atención. Iba a conocer otro importante secreto, que el agregado, militar se había llevado a la tumba...

—Fue demasiado sencillo... —empezó diciendo ella.

—Lo comprendo bien —interrumpió Beckerek, dedicándole una ardiente mirada—; nadie puede, resistirse al encanto de una prometedora insinuación suya...

—Se equivoca completamente, amigo —replicó, con acento glacial—. Con el capitán Augustos Brown habría fracasado al pretender conquistarle. Era un militar probo y recto, que hacía un culto del honor y del deber.

—¿Murió? —inquirió Kolarceva, interesado.

—Sí. Un lamentable accidente... —declaró la rubia y seductora Marika, con cruel ironía—. Ayer por la mañana me presenté en la Embajada con el nombre de Dorothy Lake, y solicité ser recibida privadamente por el agregado militar... Naturalmente, allí nadie me conocía. El capitán debió pensar que se trataba de una información confidencial, y efectivamente lo era, aunque no de la índole que suponía. Me recibió en su despacho y ordenó a su ayudante que se retirara. Empecé manifestándole que hacía mucho tiempo que faltaba de Inglaterra —podía recelar de mi acento extranjero— pero que mantenía frecuente correspondencia con Eliza Smith, hermana de Annie, su esposa.

—Siempre he dicho que el Servicio Secreto alemán es meticuloso y eficiente —ponderó Dubrovnik, adulator.

—Luego, tras, algunos circunloquios —continuó ella— comuniqué a Augustas Brown que, en una carta reciente, Eliza me participaba que acababa de pasar por el dolorosísimo trance de perder a su hermana Annie y a su sobrino Lewis —hijo único del agregado militar y Annie— en un trágico accidente. Y que aquélla me había regado que le informase de ello personalmente, para que el golpe no fuese tan rudo. Mas para Augustas Brown lo fue demasiado. Claro que yo empleé un conmovedor tono patético...

—Pero ¿es cierto que murieron? —preguntó Kolarceva.

—No —contestó Marika, lacónicamente. Y prosiguió—: El joven capitán quedó anonadado; pareció como si un rayo hubiese caído a sus pies. ¡Había perdido súbitamente cuánto de más querido tenía en el mundo!... Exhaló un ronco y desgarrador sollozo, que parecía el estertor de una fiera moribunda, y apoyando los brazos cruzados sobre la mesa, dejó caer pesadamente la cabeza en ellos. La estratagema había surtido el efecto previsto... Y me fue muy fácil deslizarme hasta la estancia contigua, y abrir el fichero secreto con la llave colocada en una de las gavetas, apoderándome de varios documentos cifrados de excepcional importancia, cuyas siglas eran conocidas de la Komandatur. Cuando instantes después Salía del despacho, Augustos Brown seguía inmóvil, en la misma posición, como insensible a todo. Abrí la puerta de salida, y en la antesala saludé amablemente al secretario. Me sentía satisfecha...

—Una auténtica satisfacción, Marika —concretó su compatriota—. Consiguió la realización rápida e impecable de una ingeniosa idea propia.

Marika Veidt sonrió halagada. El Kapitan Gustaw Klaus, relevante miembro de la Gestapo, era parco en elogios...

—Parece increíble —comentó Beckerek, admirado—. Pero usted dijo que el agregado había muerto...

—Sí. Se suicidó —manifestó Marika, con lacónica frialdad.

Por su parte, Alan pensaba en el supremo sacrificio del pundonoroso capitán Augustos Brown. Seguramente, al darse cuenta del robo, sufrió tan fuerte impresión que su cerebro, trastornado ya por la terrible noticia recibida, no supo discernir que ésta no era más que una estratagema, y deplorando la pérdida de su esposa e hijo y la ruina de su carrera, se disparó un tiro en la sien.

Y Alan se exasperaba viendo que tenía que estar allí cruzado de brazos, enterándose de un sinfín de aberraciones que clamaban por un implacable castigo.

El timbre del teléfono, repiqueteando en la cabina, cortó sus pensamientos, y sobresaltó a los reunidos, con la única excepción de Gustaw Klaus, que era un hombre impasible, con nervios de acero.

—¡Qué raro! —comentó Kolarceva, posando su mirada huidiza en todos los rostros.

—¿No dijo que nadie sabía que nos reuníamos aquí? —preguntó

secamente el oficial germano, dirigiéndose a Dubrovnik.

—Así es, *Herr* Klaus. Sólo di el número de teléfono a Obala, mi hombre de confianza, para que me avisase sólo en el caso de que ocurriese algo verdaderamente grave.

El timbre del teléfono seguía sonando.

—Recibe la comunicación —ordenó Gustaw Klaus, guturalmente.

Entretanto, el agente del *Intelligence Service* se decía que había llegado su gran momento. Decidido a actuar en forma contundente, salió de la galería circular y se encaminó con rapidez en dirección a la escalinata, bajo la cual se hallaba la cabina del teléfono. Y para llegar a la planta baja se deslizó ágilmente abrazado a la columna que desde ella, ascendía formando parte de la balaustrada del primer piso.

En el instante en que se refugiaba en un rincón oscuro, cercano a la cabina, Dubrovnik abrió la puerta del salón, cerrándola tras sí, y se dirigía hacia el teléfono.

La comunicación fue breve. Obala participó a su jefe el descubrimiento de que un hombre, cuyo paradero se ignoraba, se había instalado frente a su propia casa para espiar sus movimientos, y que era de temer que le hubiese seguido.

Las frases sueltas que inconscientemente, en su aturdimiento, pronunció Dubrovnik, orientaron a Alan Prescott sobre la naturaleza del aviso. Y considerando que una prolongada ausencia del yugoslavo alarmaría a los otros, decidió cortar la conversación.

Un fuerte puñetazo en él occipucio, detrás de la oreja, hizo perder el sentido al subgerente del Banco, que cayó fláccidamente, como un saco vacío. Mas no llegó al suelo, porque Alan, para evitar el ruido del batacazo, le sostuvo a tiempo. Enseguida arrancó el cable del teléfono, como ya había hecho con los aparatos de los otros pisos, y se cargó al hombre a la espalda.

Luego cruzó a grandes pasos el vestíbulo y el jardín, penetrando en el garaje. Eran ciento sesenta libras de peso las que llevaba encima, pero no entorpecían su marcha. Abrió la portezuela del coche verde y echó a Dubrovnik como un fardo sobre el asiento posterior.

Inmediatamente fue a abrir la gran puerta del garaje, y después de apartar el cuerpo inerte del que había muerto en la lucha

sostenida poco antes, y obstruía el paso, subió al automóvil y empuñó, el volante, sin ocuparse de los dos maltrechos supervivientes.

Salió velozmente del recinto del casino, y en rápido viraje enfiló el camino que desembocaba en la carretera secundaria que le llevó hasta allí.

Había procurado no hacer mucho ruido, pero la tardanza de Dubrovnik y el crujido característico de la grava del jardín bajo los neumáticos del automóvil, sembraron la alarma entre los reunidos, que salieron al exterior. En un principio supusieron que aquél se había fugado, pero el impresionante espectáculo que ofrecía el garaje, con un muerto y dos hombres maniatados, les hizo descartar la idea.

Y las manifestaciones del único que pudo hablar cuando le libraron de la mordaza llenó de estupor y pánico a Beckerek y Kolarceva.

¿Fue una añagaza la llamada telefónica? ¿Pudo un hombre sólo actuar en forma tan demoledora? Y ante todo, ¿se habría informado el desconocido de cuánto habían hablado?

Estas preguntas se las hacía Gustaw Klaus mientras intentaba poner en marcha su «Mercedes Benz», y una maldición salió de sus labios al comprobar que la intervención de aquel hombre había sido decisiva, y que sabía bien lo que se hacía. Al principio no dio mucha importancia a lo que le dijo su satélite sobre las manipulaciones del agresivo intruso, pero ahora se cercioraba de que el automóvil estaba, inutilizado en forma tal, que había que abandonar todo intento de salir en persecución de aquél.

Por su parte, Marika y Beckerek advertían, enfurecidos, que de sus coches faltaba la misma importantísima pieza, sin la cual eran del todo inservibles.

Y no obstante, cuánto había ocurrido exigía que abandonasen aquel lugar inmediatamente. Lo requería su propia seguridad y la conveniencia de paralizar la acción del misterioso asaltante.

El oficial de la Gestapo pensó en los documentos secretos que se guardaban en una caja blindada del Sibenik Bank...

CAPÍTULO III

Los rojizos resplandores de la batalla encendían el horizonte hacia el norte, y se percibía el fragor de las explosiones, cuando Alan Prescott dejó atrás el suntuoso casino de Novi Sad, con su imponente fachada y amplio peristilo de mármol blanco... y cuatro seres furiosos e impotentes en su interior, que sólo podían contar con uno de sus secuaces.

Llegaba ya a la confluencia de los dos caminos, y percibió el sordo zumbido del motor de su coche, que el chofer había puesto en marcha al ver acercarse un automóvil.

Alan hizo sonar el claxon de manera peculiar, y se aproximó al auto, que se hallaba ya a un lado de la carretera, indicando al conductor que siguiera tras él. No le convenía perder tiempo trasladando al insensible Dubrovnik de uno a otro vehículo, aunque estaba seguro de que no podrían seguirle. De calcular que podría darse esta posibilidad, habría disparado el coche verde, con los faros encendidos, por la recta carretera en dirección contraria, a la que él había de llevar.

Y mientras a toda velocidad emprendían el regreso a Belgrado, el cerebro de Alan Prescott trabajaba activamente. No lamentaba haber dejado con vida a los cuatro espías, porque aparte de que confiaba localizarlos cuando se lo propusiese, lo que ahora apremiaba era la recuperación de los documentos cifrados. Y poco importaba ya lo que ellos pudiesen hacer, porque estaba en posesión de sus secretos, y además era preferible dejarlos en libertad de acción para organizar una redada en la que cayesen todos sus colaboradores y cómplices. Y sin duda convenía también que la flota de la «Susak Plovidba» acudiese a las playas...

Lo antes posible debía ponerse en comunicación con la jefatura del *Intelligence Service* en Londres, para informar del trascendental descubrimiento que había hecho. En esta ocasión, dado lo crítico de

las circunstancias y la urgencia del caso, no podía valerse de intermediarios. Además, había que evitar que Gustaw Klaus y Marika Veidt, los peligrosos agentes alemanes, fuesen a tejer en otro país, su fatídica tela de araña, escogiendo nuevas víctimas, una vez terminasen su siniestra labor allí. La memoria del capitán Augustus Brown y tantos otros clamaba venganza...

Ya en las afueras de la ciudad, Alan Prescott hizo señas al conductor del otro coche para que se colocase a su lado, y aminorando la velocidad, cuando un breve espacio separaba las ventanillas de los vehículos, le indicó:

—Vaya a ver al embajador británico y dígame: «El día sucede a la noche». Luego puede llevar el coche al garaje «número 3», y espere nuevas instrucciones en el lugar de costumbre.

La frase indicada era la contraseña convenida con Su Excelencia Sir James Arlen, para el caso de que se hubiese descubierto el paradero de los documentos robados del archivo secreto.

Con un rápido frenazo, Alan detuvo el automóvil verde ante la puerta del Sibenik Bank, después de una vertiginosa carrera por las desiertas calles. En el interior del coche, Dubrovnik aún no había recuperado el conocimiento, y al volverse para mirarlo, Alan temió haberle matado. Mas pronto se convenció de que no era así, cuando después de apearse y abrir la otra portezuela, comprobó que el corazón aun latía.

Enseguida pulsó el timbre de la puerta del Banco, y pocos instantes más tarde aparecía tras la reja el vigilante.

—Abra usted inmediatamente —apremió Alan—. Traigo al señor Dubrovnik, que ha sufrido un accidente.

Aturdido, el hombre se apresuró a obedecer, mientras Prescott sacaba del auto el cuerpo inerte, y se lo cargaba a la espalda.

—Creo, señor, que lo más oportuno sería trasladarlo a su casa, o al hospital si está herido —sugirió el vigilante, al ver que trasponía el umbral con su pesada carga.

—No está herido. Es sólo un ligero desvanecimiento, del que se repondrá enseguida. Y me suplicó que le llevase sin pérdida de tiempo a su despacho del Banco. Ahora cierre la puerta con llave y traiga un cubo de agua —concluyó, en tono perentorio.

El vigilante se apresuró a obedecer. Le parecía muy extraño todo aquello, pero en los días que corrían veía cosas más extrañas aún. Y

por otra parte, la actitud y la voz del desconocido no predisponían precisamente a enfrentarse con él. Sin embargo, ahora, mientras fingía que iba a buscar el agua, bien podía pedir ayuda...

—Creo que no es ése el camino más directo para recoger lo que le he pedido.

Las palabras que sonaron tras él le inmovilizaron. El temible desconocido, que había dejado a Dubrovnik sobre una butaca, se hallaba a tres pasos de distancia. Por un instante pensó en sacar la pistola y hacer fuego, pero temió que el otro se anticipara.

—Le recomiendo que no intente hacer travesuras —le dijo con voz fría, ya a su lado.

Y a su lado siguió hasta el lavabo. Luego, llevando él el cubo, volvieron bacía donde estaba el subgerente. Y de pronto se vio atado de manos y amordazado, siendo empujado al interior de un despacho. Todo había sucedido con asombrosa celeridad...

Instantes después, desembarazado del inoportuno y acaso peligroso testigo, el agente del Servicio Secreto inglés arrojaba el contenido del cubo sobre la cara de Dubrovnik. Su persistente desmayo empezaba a inquietarle...

Pero el rudimentario remedio surtió pleno efecto. El yugoslavo empezó a moverse, y momentos más tarde abrió los ojos. Su mirada vacilante y apagada giró en derredor, y se fijó al fin en el rostro impasible que le contemplaba.

—¿Quién... quién es usted? —balbució, empezando a recordar.

—Poco importa eso —repuso Alan, secamente—. Quiero que abra inmediatamente la caja fuerte que hay en su despacho.

—Ah, pretende robar... Le advierta que no se guarda dinero en ella. Sólo ciertos libros, pólizas y acciones...

—Y también unos documentos que no debieran estar allí —cortó el joven con aspereza—. Vengo a recobrarlos. Pronto, levántese —ordenó, cogiéndole por las solapas—. Tengo prisa.

Muy pálido, Dubrovnik se puso en pie.

—No sé de qué me habla —murmuró.

—Abra la caja y se lo diré. Vamos, no se entretenga. Le aseguro que conozco un medio infalible para obligar a los remisos... —concluyó, sacando la pistola.

Dubrovnik empezó a andar en dirección a su despacho, con pasos inseguros. Se sentía aún bajo los efectos del golpe, y además

estaba aterrorizado. Se hallaba ante un terrible dilema, y procediera de una manera u otra, sólo tenía ante sí una perspectiva: la muerte. Porque si se libraba de aquel hombre le mataría Klaus...

Ya en el despacho, se detuvo ante la gran caja blindada.

—Estoy tan nervioso, que no recuerdo la combinación... — balbució, intentando un último recurso.

—¡Basta de charla! —rugió Alan—. ¿Quiere que le liquide ahora mismo?

Dubrovnik leyó en los ojos grises de su aprehensor la fría e inexorable decisión de matar, y con la frente bañada en sudor y las manos trémulas empezó a manipular para abrir la caja, que al fin mostró su contenido.

Prescott, que había seguido con atenta mirada todos sus movimientos, cogió el abultado sobre que le tendía, y respiró satisfecho al comprobar que encerraba los importantes documentos que buscaba.

Mas casi inmediatamente le asaltó una alarmante sensación de peligro; un leve ruido a sus espaldas y una súbita crispación del cadavérico rostro del subgerente le hicieron volverse con rapidez empuñando la pistola, que vomitó fuego sobre un hombre que en aquel instante transponía el umbral, y cayó al suelo con el corazón atravesado.

Otro individuo que disparó casi simultáneamente apareció tras aquél, pero Alan apretó de nuevo el gatillo, dando un salto de costado que le libró de la bala que buscaba su cuerpo. Y el segundo asaltante se desplomó junto al otro, con la frente perforada. La puntería de Alan Prescott era terriblemente certera...

Mas por desgracia, de poco le sirvió, porque un segundo más tarde caía a su vez, bajo el golpe aturdidor de una porra de goma que se abatió sobre su cabeza. Un individuo con cara de orangután que se había deslizado silenciosamente por detrás de él, le contemplaba ahora, con sonrisa de diabólica satisfacción, y propinó un feroz puntapié a su cuerpo inerte.

—¡Quieto, Otto! —ordenó el *Kapitan* Klaus, con voz gutural.

Como este esbirro, apareció por la puerta lateral del despacho, seguido de otro hombre. El agente del «Intelligence Service» había sido, cogido entre dos fuegos...

—Lamento la muerte de Rands, pero no la de Geller, porque no

debió disparar —dijo luego el oficial tudesco—. Maniatadle, pero no le maltratéis. Primero ha de hablar...

Se inclinó sobre Alan, y le arrebató los preciosos documentos secretos, que guardó en un bolsillo menor de su americana.

Después, se encaró con Dubrovnik, que había seguido el desarrollo de la rápida escena con ojos desorbitados y faz lívida. Todo había sucedido en breves minutos, y el yugoslavo presentía un desenlace funesto para él. Lo adivinaba por la expresión del agente de la Gestapo...

—Bien, bien... Habrá pasado un mal rato, ¿verdad, amigo Dubrovnik? —La suavidad del tono contrastaba con la ferocidad de la mueca plasmada en su rostro—. Debe ser un terrible elemento... —comentó, señalando con la barbilla al desvanecido Alan, que les dos hombres sacaban de allí—. ¿Cómo le obligó a abrir la caja?

Mientras hablaba, Gustaw Klaus había sacado una pistola, y jugueteaba con ella.

La mirada de Dubrovnik se había clavado literalmente en el arma, y con ojos de hipnotizado, seguía todos sus movimientos. Experimentaba tal terror, que se sentía incapaz de articular una sola palabra.

Con infinito desprecio, y casi sin apuntar, el oficial de la Gestapo le descerrajó un tiro en el pecho que le causó la muerte instantáneamente; cayó sin exhalar un gemido.

Luego, Klaus enfundó el arma y murmuró, a guisa de oración fúnebre:

—Poco importa que fuera traición o cobardía... Todo es una forma de intolerable debilidad.

Al interrumpirse bruscamente la comunicación telefónica por la contundente intervención de Alan Prescott, Obala, el hombre de confianza de Dubrovnik, supuso que algo grave le había ocurrido a éste.

Inmediatamente subió al coche que le esperaba fuera, y a toda velocidad cruzó las calles de Belgrado, dirigiéndose hacia el célebre Casino de Novi Sad. Su jefe mintió al decir que sólo le había informado del número de teléfono del lugar donde se celebraba la reunión.

Pero esto fue una gran suerte para Gustaw Klaus y los que con él se hallaban, porque cuando se disponían a jugarse el todo por el

todo, parando un coche militar, vieron llegar como un bólido el automóvil que conducía a Obala.

Éste consiguió llegar rápidamente siguiendo la autopista, por la que había disminuido considerablemente el tráfico. Había ganado mucho tiempo al no tener que desviarse por la carretera secundaria, mas con ello perdió la oportunidad de cruzarse con el coche verde de su jefe, que con Alan Prescott al volante, volaba en aquellos momentos hacia la capital.

Inmediatamente, Gustaw Klaus, Marika Veidt y los dos traidores yugoslavos, montaron en el vehículo, y emprendieron el regreso. El oficial germano se instaló junto a Obala, en el asiento delantero, y durante el trayecto condescendió a explicarle la misteriosa desaparición de Dubrovnik y su coche, después de que Obala le informara ampliamente de cuánto sabía. Klaus no creyó necesario aludir al hombre que había quedado en el Casino acompañando a un herido y velando a un muerto, y también silenció la inutilización de los tres automóviles.

Tan pronto llegaron a las primeras casas de Belgrado, el capitán de la Gestapo ordenó al conductor que parase. Se hallaban ante una taberna de sórdida apariencia. El alemán se apeó, y penetró en ella, encaminándose rectamente hacia la cabina telefónica. Unas breves órdenes, transmitidas en lenguaje convencional, bastaron para que inmediatamente se pusieran en acción varios elementos del grupo que estaba a sus órdenes: dos hombres fueron a situarse frente a la casa de Dubrovnik: otros dos, cerca de la Embajada británica; a uno le fue encomendada la misión de ir a recoger a los supervivientes del Casino, y a tres —Rands, Geller y Otto— se les ordenó que esperasen junto al Sibenik Bank la llegada del jefe.

Seguro de que sus instrucciones serían cumplidas con la máxima celeridad. Gustaw Klaus volvió al automóvil, que partió raudamente hacia el centro de la capital.

Ante el Banco vieron parado el coche verde de Dubrovnik. Veinte metros más abajo había otro vehículo, y tres sombras salieron de unos portales cercanos cuando el oficial de la Gestapo lanzó un corto y penetrante silbido. Requerido por él, Obala también se apeó, y Marika Veidt tomó el volante, después de cambiar con el alemán unas palabras en voz baja.

Cuando se puso en marcha el coche que llevaba a la joven rubia

y los dos futuros miembros del gobierno. Klaus, seguido por los cuatro hombres, se dirigió a la puerta del Sibenik Bank, y la abrió con la llave que poseía desde que los famosos documentos quedaron depositados en la caja de Dubrovnik.

Ya en el interior del Banco, el alemán dividió a sus satélites en dos parejas, para irrumpir por sorpresa en el despacho del subgerente utilizando ambas puntas. Había percibido lejano rumor de voces...

Y Obala, al penetrar detrás de Klaus, no demostró reconocer a Dubrovnik, su jefe; era la consigna: «Me vieres donde me vieres, tú no me conoces... Pero en sus ojos apareció una expresión de desprecio y conmiseración al verlo convertido en un pelele repulsivo, trastornado por el miedo».

Después, cuando se enteró de que había sucumbido bajo el plomo del oficial germano, no sintió pesar; con cínica frialdad pensó que si pasaba a depender de éste, seguramente ascendería de categoría.

Mientras así reflexionaba, ya en la calle oscura y solitaria, junto a Otto, ayudó a éste a introducir en el coche d cuerpo inanimado de Alan Prescott.

Entre tanto, Klaus liberaba al vigilante del Banco que cuando oyó los tiros salió de su pasividad, y empezó a golpear la puerta con el hombro. Pero el vigilante no diría ni una palabra de cuanto allí había pasado, porque el alemán le conminó a guardar silencio bajo pena de muerte.

Sin duda, al poner en libertad al pobre diablo, el impasible *Kapitan* Klaus quiso cerrar con un acto humanitario aquel sangriento capítulo.

Sí, aquel capítulo podía considerarse finalizado, porque, poco después, le informarían de que...

Arthur Fish el aspirante a agente del Servicio Secreto inglés, no pudo llevar a cabo la misión que Alan Prescott le había encomendado; no pudo decir a Su Excelencia *Sir* James Arlen: «El día sucede a la noche»... porque aquella noche trágica se convirtió para él en noche eterna.

Una mortal ráfaga de ametralladora segó su carrera y su vida inesperadamente, cuando ya llegaba cerca de la Embajada británica...

Un auto parado junto a una esquina, y que encendía intermitentemente sus faros, iluminó el parabrisas del coche que conducía, deslumbrándole y obligándole a aminorar la marcha. Cuando pasaba cerca de él, resonó un corto y siniestro tableteo, y el automóvil de Alan fue a estrellarse contra la esquina, llevando un hombre muerto.

Los secuaces de Gustaw Klaus habían cubierto su objetivo. Se les había comunicado el número de matrícula del coche —un soberbio «Chrysler» negro, tipo sedán— estacionado aquella tarde a pocos metros de la casa de Dubrovnik, y las órdenes eran terminantes. Había que eliminar a los colaboradores del audaz aprehensor del yugoslavo.

Cuando los escasos transeúntes rodearon el coche estrellado en la pared, ya no había rastro del otro automóvil...

CAPÍTULO IV

Cuando el agente del «Intelligence Service» abrió los ojos, se encontró tumbado en el suelo, envuelto en la penumbra de una vasta estancia cuyos rincones no podía divisar.

La escasa luz procedía de un globo de cristal sujeto al techo, y una ojeada circular le permitió comprobar que no había puertas ni ventanas en el recinto. Tras él ascendía una escalera, con barandilla de hierro. ¿Dónde estaba? La nuca le dolía terriblemente...

Movió poco a poco sus miembros entumecidos, extrañándose de no estar atado, porque ahora recordaba vagamente cuánto había sucedido... hasta que sonó el último disparo. Dudando aún de que no estuviera herido, se palpó el cuerpo. Luego se enderezó, y empezó a inspeccionar el local, enteramente vacío de muebles. Sólo halló, al fondo, algunas tablas y un rimero de sacos.

Ahora comprendía por qué no se habían tomado la molestia de atarle. Estaba cogido en una verdadera, ratonera... Seguramente se trataba de un subterráneo, pues en las paredes de cemento había huellas de humedad. El techo, también de cemento, como el propio suelo, dejaba ver unas gruesas vigas de hierro, algunas de las cuales descansaban sobre robustas columnas de hormigón. La única salida que presentaba aquel lugar, se hallaba cerrada por una plancha de acero que actuaba a modo de escotillón al final de la escalera.

Unos golpes dados en ella, que apenas resonaron, le permitieron cerciorarse de su grosor.

Ningún ruido llegaba del exterior, lo que era otro indicio de la solidez de la construcción, y del espesor del techo y los muros. Y éstos ni siquiera trepidaban por efecto del tránsito rodado de la calle.

Momentos antes había registrado todos sus bobillos, con un instintivo afán de hallar los documentos que con tanto empeño había buscado. La fatalidad había querido que se los arrebataran

cuando ya los consideraba recuperados... También le habían quitado las armas.

Bien; ahora no podía hacer otra cosa que esperar, confiando en salvar la vida para lanzarse de nuevo a la lucha. Y esto resultaba algo problemático, entre otras circunstancias, porque, no habiendo allí medio alguno de ventilación, la atmósfera estaba sumamente enrarecida. Y menos mal que el recinto era muy amplio.

Tumbóse nuevamente en el suelo, sobre las tablas que había al fondo. No era cuestión de gastar energías estérilmente en incesantes paseos que llegarían a ponerle nervioso, a pesar de su gran dominio.

Procurando mantenerse tranquilo, esperó.

Y las horas transcurrieron pausadamente, con lentitud desesperante, sin que nada destruyera aquel silencio y monotonía.

Cuando recobró el conocimiento, era de madrugada. Ahora, al mirar por enésima vez su cronómetro, vio que eran las ocho y veinticinco de la mañana. Era muy extraño que no hubiesen bajado a buscarla para intentar hacerle «cantar»...

La angustiada espera se prolongó aún largo rato.

Y, de pronto, coincidiendo con un largo y estridente silbido que aumentaba rápidamente de intensidad, se abrió con precipitación la trampa de acero, y una mujer descendió apresuradamente, por la escalera. Su diestra empuñaba una pistola.

Tras ella, apareció una corpulenta figura, en la que Alan, que se había incorporado rápidamente, reconoció enseguida a Gustaw Klaus. También iba armado, en previsión, seguramente, de un ataque de su temible prisionero.

Mas ninguno de ellos tuvo tiempo siquiera de conminarle a que levantara las manos, porque cuando aún no habían llegado al pie de la escalera, aquel penetrante silbido, que se había convertido en un aullido escalofriante que ahogaba la voz de las sirenas de alarma, culminó en una explosión retumbante y ensordecedora, que hizo temblar espantosamente los sólidos cimientos de la casa, y apagó la luz.

Y, confundiéndose casi con la horrrisona detonación, resonó un estruendo fragoroso repercutiendo como un colosal y prolongado trueno: la casa había sido partida en dos por la bomba de un «Messerschmidt».

Cuando Alan Prescott se recobró del *shock* producido por la

potencia de la onda explosiva, tenía la cara llena de sangre, que manaba en finos hilillos de sus oídos.

Se hallaba tendido sobre el rimero de sacos, y apenas conseguía respirar. El ambiente estaba saturado de polvo y humo, y la obscuridad era absoluta.

Trabajosamente consiguió incorporarse, y con tardos movimientos sacó su encendedor e hizo prender la llamita. Luego dio unos pasos, tambaleándose como si estuviera ebrio, y consiguió avanzar por fin hacia la escalera.

Al pie de ella había dos cuerpos inertes: Klaus y Marika. El hombre, que presentaba una herida en la cabeza, producida seguramente por uno de los cascotes desparramados ahora por el suelo, había caído encima de la mujer, aplastándola casi con su corpulencia. Ella no tenía heridas visibles, mas su rostro también se hallaba ensangrentado. Como Klaus, debía hallarse bajo los demoledores efectos de la violenta conmoción, aumentada por la caída desde varios escalones arriba.

Inclinándose sobre el alemán, le registró afanosamente. Y lanzó un suspiro de alivio al encontrar en un bolsillo interior de su chaqueta, los documentos que tantas víctimas estaban costando. Seguramente no había querido separarse de ellos...

Luego recogió la pistola que Klaus sujetaba aún con dedos crispados, y, sin preocuparse de la que ella debía haber soltado, subió por la escalera con la mayor rapidez. La llama de su encendedor se iba extinguiendo, y además se ahogaba allí dentro.

La trampa de acero había caído de nuevo, y aunque no estaba cerrada por fuera, a Alan le fue imposible levantarla, a pesar de que los pernios estaban casi retorcidos, o precisamente por eso.

Repitió el intento, sin resultado, y un sudor frío empezó a bañar su frente. ¿Habría quedado enterrado en vida? El tiempo apremiaba terriblemente...

De nuevo subió los escalones, de espaldas y agachando la cabeza, para presionar hacia arriba con hombros y espalda, en hercúleo esfuerzo: Milímetro a milímetro, la pesada plancha fue levantándose. Alan dióse cuenta de que ofrecía mayor resistencia de un lado que de otro, y advirtió asimismo que la circunstancia de que los goznes estuvieran desencajados, dificultaba aún más su propósito.

Cuando la tuvo suficientemente levantada, empujó vigorosamente con ambos brazos; de pronto, pareció atenuarse aquella resistencia, y oyó un fuerte ruido: Algo pesado había resbalado por la plancha, y cayó al suelo con estrépito.

Ahora ya no le costó mucho alzar del todo la maciza trampa — que tenía más de una pulgada de grosor— y salir al exterior, respirando profundamente.

Allí el aire no era tan enrarecido ni la obscuridad tan absoluta, pues una leve claridad se filtraba por unos altos tragaluces medio obstruidos por los escombros, y por una abertura que se divisaba, al fondo. Esta claridad le bastó para divisar a sus pies dos cuerpos humanos, y alumbrando sus rostros con la llama del encendedor, reconoció en ellos a Beckerek y Kolarceva. No debieron tener tiempo de resguardarse contra la bomba...

Evidentemente, habían dejado de existir; uno de ellos estaba casi destrozado, pues se le había desplomado encima la enorme viga de hierro que impidió a Alan alzar la trampa del segundo subterráneo.

Porque el lugar en que ahora se hallaba era un sótano, construido también con resistentes materiales, pero que, no obstante, había, sufrido terriblemente los efectos destructores de la explosión. Los escombros lo llenaban todo, y Alan, se dijo que urgía intentar la salida, porque, de un momento a otro, podía hundirse el techo, que tenía espantosas grietas. No pensó siquiera en buscar la escalera, porque adivinó que la casa se había hundido, y con paso rápido pero cauteloso, para evitar dar un tropezón o un paso en falso, avanzó hacia aquella abertura irregular que se le antojaba demasiado lejana.

Conforme se aproximaba, distinguía más claramente los ruidos del exterior; rumor de motores de autos, sirenas de ambulancias, voces de angustia y órdenes tajantes, formando todo ello una confusa algarabía. La incursión aérea debía haber causado muchas víctimas y destrozos, y estarían actuando los servicios de salvamento.

Para asomar la cabeza por el boquete, tuvo que encaramarse sobre un montón de escombros que hizo con tal objeto, y vio que se hallaba casi a ras del suelo de la calle, que se hundía progresivamente en un gigantesco embudo formado por una bomba. Primero sacó un brazo, luego otro, y, con un esfuerzo sobrehumano,

consiguió salir al fin y deslizarse cabeza abajo por la pendiente.

Al ver la luz del sol creyó volver a la vida y se palpó con instintivo ademán los documentos que llevaba bajo la camisa.

Una agitación inusitada reinaba en las calles. Varias casas se habían convertido en montones de ruinas, como aquella de la que acababa de salir, y en unas horas se había cambiado totalmente la fisonomía de la ciudad, poblada de rostros hoscos y sombríos, que contemplaban con impotente gesto de odio los incendios.

En la imposibilidad de tomar un auto, y hallándose alejado del garaje «número 3», donde suponía que le esperaba su coche, se dirigió con paso gimnástico hacia la Embajada británica.

Mas allí le aguardaba una desagradable sorpresa; estaban cerradas sus puertas, y no se advertía la menor señal de que hubiese alguien en su interior.

—Hace poco más de una hora que se han marchado, señor.

Al oír la voz femenina que había sonado a sus espaldas, se volvió vivamente, y vio a una muchacha enlutada, de grandes y rasgados ojos negros, en cuyo rostro bonito se plasmaba una expresión de honda tristeza. Aparentaba dieciocho años.

—No han querido llevarme con ellos —agregó con amargura—. Y yo quiero irme de aquí como sea.

Alan Prescott conocía su idioma, y le preguntó:

—¿Es que no tienes quien te acompañe?

—No. Murieron mis padres en el primer bombardeo —declaró con voz apenas perceptible—, y yo me salvé porque estaba fuera de mi casa... que ya no existe tampoco —hizo una breve pausa y agregó con vehemencia—: Usted es inglés, y no permanecerá aquí; ¡lléveme con usted!

—Eso es imposible, muchacha; a mi lado correrías demasiado peligro... Pero dime —añadió, haciendo una transición—: ¿Por qué supones que soy inglés?

Ella sonrió levemente.

—¡Oh! Lo adiviné enseguida. He tratado a algunos... ¿Es usted algún oficial? Bueno, no es que me interese mucho, pero sepa que no me importa exponerme a cualquier riesgo con tal de salir de aquí antes de que lleguen esos bárbaros —y señaló hacia el norte, donde el cielo se estremecía con el fragor de la batalla que parecía cernerse ya sobre ellos.

El agente del «Intelligence Service» comenzó a sentir recelos. Resultaba algo sospechosa la actitud de aquella muchacha, que hacía preguntas bastante indiscretas en tales momentos. Mas al mismo tiempo se preguntó quién podría enviarla como cebo. Había dejado a Marika y Klaus malheridos, probablemente; Kolarceva y Beckerek habían hallado una muerte merecida, a manos de los mismos a quienes servían traicionando a su patria, y si alguien más había de la banda en la casa de la calle Kralja Petra, forzosamente habría sucumbido también. Claro que ignoraba el paradero de Dubrovnik, que debía considerarse su enemigo personal, y acaso también era peligroso Jelacicev, pero ¿podían estos saber dónde se hallaba él ahora?

Fuera como fuese, debía proceder con mucha cautela, y aunque verdaderamente se tratase de una pobre muchacha inofensiva, no podía aceptar la responsabilidad de tomarla bajo su custodia; no debía desviar su atención de los documentos que guardaba, y además tenía que realizar otra importante gestión inmediatamente.

Todos estos pensamientos pasaron por su mente con rapidez centelleante, y habían transcurrido escasos segundos desde las palabras de ella, cuando respondió:

—Lo siento, muchacha; no Puedes venir conmigo. Te deseo suerte.



Lo siento, muchacha; no puedes venir conmigo

Dio media vuelta, separándose de la jovencita, y se alejó de allí sin volver la cabeza, porque temía encontrar la mirada angustiada y triste de los ojos negros, que debían expresar ahora una cruel decepción. Apenas había avanzado unos pasos, cuando no pudo resistir el impulso de volver a su lado, movido por un profundo

sentimiento de lástima y ternura.

Ella seguía inmóvil, en la misma actitud en que la dejara, como si estuviera clavada en tierra, y parecía la imagen de la desolación.

—Bueno, chiquilla, haré por ti lo que pueda —le dijo, afectuoso—. Espérame al final de la calle Mitrovica. Estaré allí dentro de media hora.

Ella levantó hacia él sus hermosos ojos, brillantes de lágrimas de emoción y gratitud.

—Gracias, señor —musitó.

Alan se despidió de la muchacha con un ademán amistoso, y a buen paso se dirigió a la oficina de Telégrafos. Había de cursar dos mensajes urgentes. La marcha del embajador significaba un serio contratiempo en sus planes, y denotaba al mismo tiempo que se acercaba el instante crítico en que los invasores se posesionarían de Belgrado. Él no se dejaría coger...

Mas ahora, en primer lugar, debía ocuparse de los documentos, que, a pesar de todos los cambios de dueño que habían sufrido, no habían dejado de ser secretos, porque no fueron aún a parar a manos del especialista alemán en claves.

Y *Sir James Arlen* le había facultado para que los destruyera, si la gravedad de las circunstancias lo exigía. El momento había llegado: no podía demorarlo más, pues podían surgir complicaciones.

Cuando atravesaba una calle solitaria, se introdujo en un portal oscuro, y después de cerciorarse de que nadie le había seguido, sacó los preciosos documentos de su pecho. Una vez hubo comprobado que estaban completos, les prendió fuego, cuidando de quemar hasta la última partícula de papel. Luego recogió las cenizas en el pañuelo, macerándolas hasta convertirlas en polvo, y las aventó en la calle.

Había dado cima a una parte de su misión, y le pareció haberse librado de un gran peso. Desde luego, habría realizado aquella tarea con mayores garantías de seguridad, en cualquiera de sus domicilios, pero no debía entretenerse; pudiera verse en la imposibilidad de transmitir los importantes mensajes...

CAPÍTULO V

Poco después, Alan Prescott llegó ante el edificio de Telégrafos, que en su interior ofrecía un aspecto desolador. Las oficinas estaban vacías de público y empleados. Había cundido terriblemente el pánico, y toda la vida de la ciudad, incluso en las esferas oficiales, había sufrido un colapso.

Subió hasta la sala de aparatos de radiotelegrafía, sin ver un alma. Y allí, sólo encontró a un viejo, que permanecía con los codos apoyados en la mesa, en actitud pensativa. No le oyó llegar.

—¿Puede transmitir inmediatamente un despacho? —le preguntó Alan, acercándose a él.

El viejo le miró con expresión de profunda extrañeza.

—Sí, claro —repuso luego—. Por eso no he querido moverme de aquí, aunque los otros se han ido. Ni un solo día he faltado de mi puesto; ¿por qué habría de hacerlo ahora?

Mientras el hombre hablaba, Alan escribía apresuradamente en un papel, que le tendió diciéndole:

—Es muy urgente, amigo. Pagaré cinco veces el valor de la tasa, pero ha de devolverme el texto.

—En estas circunstancias no hay inconveniente, si ése es su deseo —contestó el empleado. Al comenzar a leer el mensaje, sus cejas se arquearon, y comentó—: Parece un jeroglífico... Voy a leerlo; dígame si me equivoco:

«Feliz cosecha de trigo, centeno y maíz. Quemé rastrojos, por inútiles y perjudiciales».

—Correcto —aprobó el agente del «Intelligence Service»—. Lo firma Shannon, y va dirigido a Peter Chancellor. 13 Finsbury Rd. Londres E. C.

El viejo comenzó seguidamente a pulsar el manipulador del aparato transmisor, y Alan, que conocía el sistema Morse, comprobó la fidelidad de la emisión.

Cuando aquel hubo terminado, el joven le entregó otro papel.

—Este despacho —le dijo— con la misma firma, va destinado a Andrew Kensington, 29 Lower Regent St., Londres, S. W. 1.

El empleado dio una ojeada al texto, y su extrañeza se acusó marcadamente.

—Esto tiene algo que ver con la guerra, ¿no? —inquirió, receloso.

Alan sonrió ingenuamente.

—Tiene usted mucha imaginación, amigo —contestó—. En realidad, sólo soy un agricultor que a veces tiene arranques de poeta...

—No puedo dar curso a éste despachó si no lleva el timbre del Ministerio correspondiente —insistió con terquedad—. Está escrito en clave.

—Y suponiendo que sea así —concedió Alan, impacientándose—, ¿a dónde quiere que me dirija ahora? ¿Es que no sabe que...? ¡Bah! Déjese de requisitos que carecen de todo valor en estos momentos. Además, nadie va a enterarse...

—Bueno —transigió, al fin—; le atenderé porque va dirigido a Londres, y yo...

—Dese prisa, por favor —atajó Alan.

—Comprendo. Se lo leeré:

«Eolo sujeta vientos Norte para lanzarlos sobre cemento y arena y arrastrar hojas secas».

—Bien. Ahora manos a la obra —indicó el joven.

Momentos después estaba transmitido el segundo mensaje, que en su aparente incongruencia, tenía singular transcendencia.

El viejo le devolvió los papeles, y Alan Prescott, después de gratificarle espléndidamente, y de prodigarle unas frases de aliento para soportar la ruda prueba que se avecinaba para todos, salió de la sala y, más tarde, del edificio.

Su misión en Belgrado podía considerarse terminada.

Con el mismo apresuramiento que hasta entonces, se encaminó hacia el garaje «número 3». Pero allí se informó con la consiguiente sorpresa, de que su automóvil no había vuelto allí, desde que saliera veinticuatro horas antes, y tampoco habían visto al que lo conducía, ni se sabía nada de él.

Alquiló otro por una hora, sin chófer, dejando una fuerte suma como garantía —ya no necesitaría la moneda del país— y a toda velocidad hizo un rápido recorrido por la ciudad, visitando los diversos lugares donde podía hallarse Arthur Fish. Pero el resultado fue enteramente negativo. Nadie le había visto desde el día antes...

Asaltado por un lúgubre presentimiento, dirigió el coche hacia el depósito judicial de cadáveres. Y allí obtuvo la confirmación de sus sospechas, al serle mostrado el cuerpo frío y sin vida del desgraciado Arthur Fish, su único colaborador. Estaba acribillado por varios balazos, y dos de las heridas, por lo menos, eran mortales de necesidad.

Tal fue el dictamen del forense, que atendió amablemente a Alan Prescott.

—Las investigaciones se hallan en un punto muerto —manifestó después—, pues en las especiales circunstancias que atravesamos, se hace difícil proseguirlas. Desde luego, quedó descartada la posibilidad de que se tratase de un robo; el juez se inclina a creer que se trataba de una venganza.

—Es posible —admitió el joven, impresionado por la trágica muerte de su amigo.

—La comparecencia de usted es interesante, y me permito señalar la conveniencia de que deponga como testigo.

—Eso es imposible, doctor —objetó Alan, rotundamente—. Soy un fiel cumplidor de las leyes, pero invoco ahora las «especiales circunstancias» a que aludió usted. Le recuerdo que soy súbdito británico, y debo partir inmediatamente.

El forense reflexionó breves momentos.

—Silenciaré, pues, su presencia aquí —determinó al fin.

—Sería lo mejor, pero me es indispensable la inmediata recuperación del automóvil que conducía mi infortunado amigo, y que es de mi propiedad, como se habrá comprobado.

—En tal caso, no podrá librarse de ciertos trámites, que le entretendrán más de lo que le conviene. Además, debo decirle que

no podrá utilizar ahora ese coche, pues al estrellarse en una esquina, en la confluencia de las calles Muribor y Zrijski, sufrió serias averías.

Ahora Alan ya sabía más de lo que pretendía averiguar cuando entró allí.

—Es una enojosa contrariedad —manifestó—; pero habrá que resignarse. Y lo mejor será echar un velo sobre este lamentable asunto —agregó significativamente.

Ya en la puerta, a dónde amablemente le acompañó el forense para despedirle, se volvió y preguntó inopinadamente:

—¿Ha oído usted hablar de un tal Dubrovnik, subgerente del Sibenik Bank?

—Trajeron su cadáver esta madrugada. Un tiro en el corazón —declaró, mirándole con fijeza—. Y creo que está detenido el vigilante del Banco.

—Ese hombre no es culpable —contestó el joven, con vehemencia—. Si de algo puede servir mi testimonio, atienda, doctor: Dubrovnik era un traidor a su patria, y quizá le mataron los mismos a quienes pretendió servir.

El forense se le quedó mirando, atónito.

—Todo eso es muy interesante —cementó—. ¿Por qué no lo declara ante el juez? Lo único que yo quisiera saber es cómo está usted enterado de todo...

—Sólo puedo revelarle que es una información del Servicio de Contraespionaje —dijo Alan, confidencialmente.

Y antes de que su interlocutor se repusiera de su sorpresa, ya había desaparecido.

Rápida y fríamente, Alan Prescott analizó la situación. Debía dirigirse inmediatamente a la costa, pero no contaba con vehículo adecuado. No había que pensar en el tren militar, que había partido horas antes. Su automóvil estaba averiado, y el que conducía debía devolverlo...

Deseando intentar un último recurso, se dirigió velozmente al Ministerio del Ejército. Había visto que, hacia el norte, bajo los puentes del Danubio y del Save, los soldados del Cuerpo de Ingenieros trabajaban afanosamente, y esto le hacía pensar que no disponía de mucho tiempo. No era difícil adivinar lo que hacían allí: colocaban el dispositivo eléctrico que haría estallar las cargas de

dinamita preparadas el día antes, para volar los puentes de acceso a la ciudad.

En el Ministerio del Ejército, evacuado como los demás, sólo quedaba un pequeño grupo de oficiales de Estado Mayor, que debían coordinar las últimas operaciones en aquella zona.

Por suerte, encontró allí a un joven capitán, gran amigo suyo.

—¿Qué tal, Dunajske? —le saludó.

—Ya ves. Esperando que se nos echen encima. Hay orden de retirada general, dejando solo algunas tropas de cobertura.

—Que serán sacrificadas...

—Inevitablemente. Quince divisiones alemanas, entre ellas varias blindadas, avanzan a lo largo del frente. Y hay que añadir las fuerzas húngaras que cruzaron el Danubio, y los contingentes germano-italianos que ya se han adueñado de Zagreb... Pero veamos: ¿qué te trae por aquí? No sé cómo no has ahuecado ya...

—De eso se trata, precisamente —contestó Alan, abordando la cuestión—. Necesito un automóvil.

—Algo inasequible en estos momentos, amigo mío.

—Bueno; me conformaría con una motocicleta...

—Eso es más razonable. Supongo que habrá alguna por ahí dentro; los enlaces fueron despachados al frente, con un fusil.

Momentos después, el agente del Servicio Secreto inglés se despedía de su amigo, al que quizá no volvería a ver jamás, y montado en una soberbia «Norton» se dirigía al final de la calle Mitrovica, donde había citado a la muchacha desconocida. En realidad, casi se había olvidado de ella, y había pasado más tiempo del que señaló como plazo.

Al llegar al lugar indicado, no la vio. No le extrañó demasiado su ausencia. Descartaba ya la idea de que pudiera ser un señuelo, pero pensó que se había impacientado al ver transcurrir el tiempo sin que él compareciera.

Ya nada, pues, tenía que hacer en la ciudad. Desde el ministerio había telefoneado al garaje, para que fueran a recoger el auto. Era el único que les quedaba, mas no podía entretenerse en devolverlo personalmente.

Y mientras, a velocidad de vértigo, enfilaba la autopista de Sarajevo, como camino más corto para llegar a Metkovic, el puerto más cercano, pensaba en Gustaw Klaus y Marika Veidt. Era de

lamentar que pajarracos tan dañinos no estuviesen muertos, aunque en realidad no podía asegurar que no hubiesen perecido. Pero él tenía órdenes de abandonar Yugoslavia tan pronto hubiese resuelto el asunto de los documentos secretos.

Ya había dejado muy atrás Belgrado, cuando una silueta femenina, que era una más entre los cansinos fugitivos que aún se veían a trechos, llamó su atención.

Fue reduciendo la marcha antes de acercarse. Sí, era ella, la joven enlutada que ansiaba huir...

Paró la moto a su lado, y ella se volvió a mirarle.

—Pero, muchacha... ¿Cómo no me esperaste? —reprochó, afectuoso.

—Pensé que se había olvidado de mí... o que no quería llevarme... —balbució ella.

—No debiste suponer eso. La verdad es que tuve muchas cosas que hacer.

—Y, ahora, ¿podré ir con usted? —preguntó, en tono vacilante.

—Claro que sí. Pero ¿sabrás sostenerte detrás de mí?

—No tema. No sería la primera vez que voy así.

—Y dime: ¿por qué fuiste a pedir ayuda a la Embajada inglesa? —inquirió, intrigado aún.

—Mis abuelos paternos eran ingleses, señor...

—Comprendo. Bien, en marcha —dijo, invitándola a sentarse tras él—. La verdad es que no pensaba hacer el viaje en tan grata compañía —la miró con detenimiento, valorando los hermosos rasgos de su rostro, y agregó—: ¿Sabes que eres muy bonita?

Ella se ruborizó ostensiblemente, y Alan decidió arrancar.

A primeras horas de la tarde llegaron a Sarajevo.

Habían cubierto más de la mitad del viaje...

La ciudad hervía de agitación, y apenas se podía transitar por sus calles. Desde luego la casi totalidad del tráfico era militar. Alan Prescott iba provisto de un salvoconducto que le había sido facilitado por el capitán Dunajska, y pudo proseguir sin trabas su camino. De no ser por aquel documento, en el que se aludía a «una misión especial», le habrían requisado la motocicleta.

El joven pudo darse cuenta de que su bella acompañante daba muestras de cansancio tras la agotadora etapa, y le preguntó:

—¿Tienes ganas de comer?

—Estoy desfallecida, señor.

—Bueno; creo que a mí tampoco me vendría mal tomar un bocado. Hace más de veinticuatro horas que no ha caído nada en mi estómago —concluyó, desmontando.

Había detenido la moto ante un establecimiento donde, por las trazas, podrían saciar su apetito.

—Disponemos de diez minutos para devorar lo que nos presenten —manifestó, abriendo la puerta y cediéndole el paso.

No se entretuvo en pedir tal o cual cosa, porque sabía que las disponibilidades de víveres eran bastante limitadas, sino que se limitó a solicitar les dieran de comer, poniendo sobre el mostrador una cantidad estimable en concepto de pago anticipado.

Fue atendido rápidamente, y con fruición devoró el contenido de los platos. Y le causó satisfacción y pena al propio tiempo, ver el gesto ávido con que la muchacha daba fin a las viandas. Seguramente también hacía muchas horas que no había comido, y no se atrevió a decírselo...

Dentro del tiempo previsto volvieron a la moto, que Alan puso en marcha, y reanudaron el viaje hacia el Sur.

A causa de la excesiva velocidad, la muchacha se agarraba con fuerza a la cintura de Alan, que, a su pericia inigualable, unía una escalofriante temeridad, que se demostraba particularmente al tomar las curvas.

Y aunque el joven concentraba todos sus sentidos en la tarea de conducir, no dejaba de experimentar cierto secreto placer al contacto del juvenil cuerpo femenino, ceñido al suyo para no perder el equilibrio.

Ciertamente, se daba ahora cuenta, aunque no con mucha claridad, de que aquella gentil muchacha, de la que desconocía incluso el nombre, le interesaba extraordinariamente, atrayéndole con su suave belleza y el sutil encanto indefinible que emanaba de ella.

De súbito, algo cortó sus pensamientos. Un poderoso clamor, semejante al zumbido de un millón de gigantescas abejas, se adueñó del espacio, aumentando rápidamente de intensidad hasta hacerse ensordecedor.

Adivinando de qué se trataba, y dando pruebas de su imponderable serenidad, Alan Prescott redujo la velocidad de la

máquina, y se arrimó a la cuneta, parando al fin.

Entonces dirigió la vista al cielo. Una nutrida formación de bombarderos «Heinkel III», rodeados por un enjambre de «Stukas», obscurecían materialmente el sol.

La joven, aterrada, se apretó a él en convulsivo abrazo, sin ánimos para proferir exclamación alguna. Y sus ojos desorbitados miraban los aviones que se acercaban.

Rápido, Alan la cogió por el talle y la hizo echarse junto a él en la cuneta. Y desde allí vieron como la carretera, en unos instantes, se despejaba de hombres y vehículos.

En vuelo rasante, uno tras otro, los «Stukas» se precipitaron sobre la asfaltada pista, barriéndola con el fuego de sus ametralladoras. La motocicleta, inclinada sobre ellos, les preservó de los proyectiles, que levantaron a su alrededor nubecitas de polvo y esquirlas de piedras.

Cuando el huracán pasó, con atronador estruendo de motores y trágico silbar de balas, levantaron la cabeza. El raid había causado numerosas víctimas, y los heridos eran auxiliados por sus compañeros. Los que habían resultado ilesos, o no tenían a quién ayudar, reemprendieron apresuradamente la marcha.

Aunque tal vez su empeño resultase vano, porque...

Los horrísonos estampidos de fuertes explosiones sucesivas, que resonaban no muy lejos de allí, hicieron temer a Alan que uno de los objetivos hubiera sido el puente sobre el caudaloso Drina, por el que pasaba la carretera.

Y esta desalentadora suposición quedó confirmada poco después, cuando, al llegar cerca del gran puente metálico, vieron que éste era solo una masa informe de hierros retorcidos, sumergida en parte en las turbulentas aguas...

La muchacha miró a Alan con expresión de suprema angustia...

CAPÍTULO VI

En la mañana de aquel mismo día, en Londres, en el despacho privado del Primer Lord del Almirantazgo, tenía lugar una conversación interesante.

El jefe del «Intelligence Service» le había telefoneado diciendo que tenía precisión de verle inmediatamente, y había acudido acompañado del coronel Singleton, del Estado Mayor Imperial, adscrito a la División de los Balcanes.

Después del intercambio de saludos, ocuparon mullidas butacas. *Lord* Castle ofreció un veguero al coronel, y encendió su pipa. *Sir* Lancaster, jefe del Servicio Secreto de Información, no fumaba.

Éste, que había sacado los dos radiogramas expedidos por Alan Prescott con la firma de «Shannon», los tendió a sus interlocutores.

—Observarán —dijo— que uno va dirigido a Peter Chancellor y el otro a Andrew Kensington, en calles diferentes también, pero en realidad se destinaban a mi departamento. Y, ciertamente —agregó—, no sabría decirles cuál de estos despachos es más importante. De su trascendencia da idea el hecho de que nuestro agente tenía instrucciones concretas de no cursar comunicado alguno, salvo en casos de excepcional importancia... o en el supuesto de que considerara que no podría volver a Inglaterra.

—Anticipadamente me doy cuenta del interés que ofrecen —manifestó el Primer Lord, exhalando una bocanada de humo.

Su rostro rubicundo revelaba gran serenidad y dominio, y sus ojos azules adquirían extraordinaria vivacidad cuando se fijaban en alguien.

—Malos vientos soplan por el sudeste —gruñó el coronel, con una expresión hosca en su rostro bronceado, cuyas duras facciones revelaban energía e inteligencia.

—Éste es el texto original —indicó *Sir* Lancaster—. Y éste —agregó, entregando otro papel— corresponde a la traducción de la

clave empleada. Sírvase cotejar ese despacho, *Lord Castle*.

El Primer Lord, leyó:

«Feliz cosecha de trigo, centeno y maíz. Quemé rastrojos, por inútiles y perjudiciales. — Shannon».

—Y, según veo por la traducción, esto quiere decir:

«Íntegramente recuperados documentos Éxodo, Alfiles y Tempestad. Quemados después, por imposibilidad entregarlos. — Alan Prescott».

—Como ustedes recordarán —observó *Sir Lancaster*—, los nombres cifrados de «Éxodo, Alfiles y Tempestad», corresponden, respectivamente, a los planes de evacuación del territorio yugoslavo en caso de invasión; relación de unidades especiales inglesas en el país y proyecto de ayuda inmediata por mar y aire.

—Sí, éstos fueron los documentos a que aludió anteayer nuestro embajador, utilizando la misma clave de cereales, indicando que habían sido robados, y que tal robo había provocado el suicidio del agregado militar —observó el coronel Singleton.

—¡Pobre Augustus! —comentó *Lord Castle*—. Le conocía lo suficiente para saber que no pudo ser sobornado ni seducido de ninguna forma. Y tampoco creo que incurriese en negligencia.

—Sí, evidentemente, el suceso queda envuelto en el misterio —corroboró el coronel—. Acaso ese Alan Prescott pudiera aclararlo... pero en su mensaje se refiere a «imposibilidad de entregar los documentos», y usted, *Sir Lancaster*, apuntó antes que podría hallarse en uno de esos casos «en que no se puede volver...».

—Ciertamente —admitió el jefe del Servicio Secreto—; pero también estoy persuadido de que Alan Prescott es lo suficientemente hábil para no dejarse coger en la ratonera, y confío en que no sucumba.

—¿Le considera invulnerable?... —preguntó *Lord Castle*, con leve tono escéptico.

—No. Mas creo que posee un sexto sentido, y no deja de aprovechar bien los cinco que tienen todos los mortales. Es un hombre de grandes recursos, que ha superado todas las situaciones

comprometidas con increíble audacia.

—Esperemos, pues, verle pronto —dijo el Primer Lord, casi convencido—. Se ha hecho acreedor a una recompensa.

—Bien. Ahora conocerán el texto del segundo despacho —anunció *Sir Lancaster*. Y, tendiendo un papel, indicó—: Lea, por favor, coronel.

Singleton, leyó, en, voz alta:

«Eolo sujeta vientos Norte para lanzarlos sobre cemento y arena, y arrastrar hojas secas. — Shannon».

Naturalmente, *Sir Lancaster* no tuvo necesidad de explicar que Eolo era uno de los nombres que se usaban en lenguaje cifrado para aludir a Alemania, pero subrayó:

—Según advertirán cotejando ambos textos, se han escogido cuidadosamente los vocablos en la redacción del mensaje, que en su brevedad ha podido traducirse literalmente, palabra por palabra. Vean: «cemento y arena», son puertos y playas, y «hojas secas», equivale a fugitivos de los nazis. «Vientos», significa barcos, y en cuanto a «Norte», aclararé que las cuatro compañías navieras más importantes de aquel país, se designan con los cuatro puntos cardinales, y «Norte» corresponde a la Compañía de Navegación de Susak. Por consiguiente, el texto que ha leído el coronel, se interpreta así:

«Alemania adquiere barcos de la “Susak Plovidba” para situarlos en puertos y playas, y recoger fugitivos del invasor.
— Alan Prescott».

El jefe del «Intelligence Service» se quedó mirando a sus interlocutores con expresión interrogadora, como si esperase conocer la reacción que operaba en ellos aquella revelación sensacional. Pero su rostro inteligente, que parecía el de un catedrático o el de un médico, no revelaba en ningún momento la preocupación que entrañaba ser el cerebro director del vasto y perfecto sistema de información secreta que regía.

—Es una endiablada jugarreta... —murmuró *Lord Castle*, mientras en su mente ya empezaba a perfilarse el plan de captura

de aquellos barcos.

—Yugoslavia está perdida para los aliados, pero hay que defender el flanco de Grecia, para retardar todo lo posible el derrumbamiento de ésta —arguyó el coronel Singleton—. Y, por otra parte, es de vital importancia conseguir que no caigan en poder de los alemanes esos millares de soldados y paisanos —futuros soldados— que afluyen a la costa.

—Estoy seguro de que el agente Prescott podría intervenir de forma decisiva en este asunto —manifestó *Sir Lancaster*—, pero no sabemos dónde hallarle, ni hay medio de comunicar con él. Tenía orden terminante de ponerse a salvo tan pronto recuperara los documentos robados.

—Puesto que él no indica lo contrario —hizo resaltar el Primer Lord del Almirantazgo—, hay que suponer que el texto de esos documentos es desconocido para el enemigo.

—Evidentemente —aprobó el jefe del Servicio Secreto—. Tengo la plena seguridad de que es así.

—En tal caso —prosiguió *Lord Castle*—, creo que podría ser una eficaz contramedida el llevar a la práctica una variante del Plan B de la operación «Tempestad»...

—¿En qué consistiría? —preguntó el coronel.

—Explicado brevemente, en el apresamiento de esos barcos. ¿Cuántos son, *Sir Lancaster*?

—La flota de la «Susak Plovidba» consta de nueve motonaves y otras embarcaciones menores, que suman catorce más —respondió el interrogado, que era una especie de enciclopedia viviente.

—Bien. Desconocemos la fecha en que efectuarán la *razzia*, pero esto será averiguado por nuestros observadores navales. Desde luego, puede preverse que, en un golpe de audacia, se infiltrarán entre los transportes de nuestra flota, puesto que el pabellón yugoslavo les eximirá de sospechas, pero hay que contar con la dificultad que significaría para ellos separarse del convoy escoltado por unidades de la Armada y de la

R. A. F.

Cabe, pues, también que esperen el momento preciso en que los convoyes se separen de la costa, para hacerse ellos cargo de los fugitivos rezagados, que no serán pocos. Si queda descartada la primera suposición, una flotilla de submarinos y un grupo de

destructores patrullarán por aquellas aguas, protegidos por la aviación naval; hay que prever la intervención de la escuadra italiana. Y, en el primer caso, las unidades de nuestra flota acudirán en suficiente número para estrangular el intento. Cursaré inmediatamente las oportunas instrucciones.

Como si esperare que el Primer Lord del Almirantazgo diera fin a sus manifestaciones, el timbre del teléfono privado empezó a repiquetear insistentemente. Sólo sonaba en los momentos graves...

Lord Castle alargó la mano para coger el auricular, y cambió breves palabras con el invisible comunicante.

—Acaban de participarme que los alemanes han entrado en Belgrado, y que la capitulación del ejército yugoslavo será pronto una desoladora realidad. Se me ha indicado que le informe de ello, *Singleton*. Y también de que el Gabinete de Guerra se reúne dentro de una hora —manifestó, con serio semblante.

—Nos vamos, entonces —dijo el coronel, lacónicamente. Fácilmente se advertía que la noticia del desastre, no por esperada menos lamentable, le había causado honda preocupación.

—Afortunadamente, hemos tenido tiempo de examinar con detenimiento los asuntos que nos trajeron aquí —comentó *Sir Lancaster*.

Lord Castle les acompañó hasta la puerta.

—Allí nos veremos —anunció, dirigiéndose al militar. Y, volviéndose a *Sir Lancaster*, le dijo—: Felicite en mi nombre a su agente, cuando le vea. Ha sido una labor estimable la que ha realizado. ¡Ah! Y dígame que deseo conocerle...

—Se lo diré tan pronto pueda hablar con él, *Lord Castle* —prometió el jefe del «Intelligence Service», complacido.

Y se preguntó entonces si algún día tendría la suerte de hablar con aquel valeroso y eficiente agente secreto...

CAPÍTULO VII

Alan había desmontado para acercarse al borde del río y ver si había alguna posibilidad de cruzarlo. Mas bien pronto pudo cerciorarse de que había que abandonar toda esperanza. Aparte de que había un considerable desnivel, y era imposible salvarlo a menos de utilizar una cuerda para deslizarse hasta las aguas, éstas bajaban tumultuosas, formando inquietos remolinos, y no había vestigios de barca alguna en toda la extensión que abarcaba la vista.

De ir solo, habría recurrido, sin duda alguna, a algún temerario recurso para superar aquel obstáculo, pero no podía arriesgar la vida de aquella muchacha que confiaba en él. Y, por otra parte, los comentarios que oía en boca de los que se congregaban a su alrededor, perfectos conocedores del país, le hizo comprender que no había medio de alcanzar la otra orilla por aquel lugar.

Miró a la muchacha, que alzaba hacia él su rostro en muda y ansiosa interrogación.

—Estoy viendo, pequeña, que no hay otra solución que volver a Sarajevo y tomar la carretera que lleva a Cacak —le dijo, expresando en voz alta sus pensamientos—. Esto significa casi tres horas de retraso, pero no podemos elegir.

Pasó afectuosamente un brazo por sus hombros, y se dio cuenta de que temblaba.

—¡Ánimo, chiquilla! —exclamó, jovial—. Piensa que, a pesar de todo, hemos dejado muy lejos a los alemanes...

—Me temo que no escaparemos de ellos, señor... —balbució.

—¿Cómo se te ocurren esas ideas? Confía en mí, chiquilla —le dijo, persuasivo, ansiando devolverle la tranquilidad que le faltaba.

Habían llegado ya junto a la motocicleta, que un instante después salía disparada a toda velocidad, en dirección contraria a la que habían llevado antes. Alan, que también era un as como conductor, deseaba recorrer en el mínimo tiempo los cincuenta

kilómetros que le separaban de Sarajevo. Su espíritu ignoraba lo que era pesimismo, pero fríamente pensaba que acaso los temores de la joven quedarían confirmados.

Aún estaban lejos de la ciudad, cuando vieron el horizonte ennegrecido por la densa humareda de varios incendios. No había duda que la *Luftwaffe* había dejado caer su mortífera carga de bombas sobre Sarajevo, antes de alcanzar la carretera donde les sorprendió a ellos.

Al entrar en la ciudad, advirtieron una inusitada agitación y un intenso nerviosismo; la incursión aérea había causado graves destrozos y muchas víctimas, y a ello se unía la consternación producida por la noticia de que Belgrado ya había caído en poder de las tropas enemigas.

Alan se había detenido ante el poste de gasolina de un garaje, para abastecer su máquina de carburante. El salvoconducto que exhibió allanó todas las dificultades y desató la lengua del empleado cuando él pulsó su opinión.

—Es una guerra perdida —declaró el hombre, con amargura—. ¿Para qué más víctimas? No sé cuándo acabarán estos bárbaros bombardeos... Treinta mil muertos costó a Belgrado el día 6, y nosotros, aquí, también estamos de luto, como tantas otras ciudades...

—Lo sé... —dijo el joven, comprendiendo los sentimientos de su interlocutor.

—Ah, pero no crea que soy uno de esos miserables derrotistas —continuó el empleado, mientras llenaba el depósito—; antes de que se ponga el sol partiré hacia las montañas, para unirme a los grupos que allí resisten y hostigan al invasor, con armas anticuadas, pero con una feroz determinación de no rendirse jamás —concluyó, en voz más baja, pero con encendida vehemencia.

No, no todos huían, volviendo la espalda al enemigo... Alan pensó entonces en aquellos centenares de patriotas —soldados y paisanos— que con rostro hosco y puños crispados luchaban en defensa de su suelo desesperadamente, con heroica resolución.

Y con íntima emoción supo hallar las palabras adecuadas para enaltecer la actuación de aquellos valientes, que atraían sobre sí la atención del mundo.

La muchacha, que no había despegado los labios, sintió

acrecentarse en su corazón la gratitud y la simpatía que le inspiraba el arrogante mozo, y le miraba con una luz nueva en las pupilas.

Poco después, llevando a ambos, la motocicleta volaba materialmente sobre la autopista que conducía a Cacak. Alan había conseguido adelantarse a todos los que, como él, retrocedieron hacia Sarajevo, y como, además, se daba la circunstancia de que aquella pista conducía hacia el Este, apenas había tráfico.

A mitad de camino entre ambas ciudades, aproximadamente, y al llegar ante una bifurcación. Alan eligió la carretera que tomaba dirección sur, y aunque el pavimento de la misma era mucho más deficiente, prosiguió por ella su desenfundada carrera.

El crepúsculo llenaba ya los campos de vagas sombras azuladas, y deseaba llegar aquella misma noche a Kotor, el puerto más meridional del país, donde precisamente por tal razón cabía confiar más en que pudieran ser evacuados.

Pero un colosal macizo montañoso que cerraba el horizonte hacía desviarse la carretera, empujándoles nuevamente hacia el este, y después de cruzar vertiginosamente algunos pueblos casi abandonados se hallaron, al oscurecer, en la autopista que desde Cacak llevaba a Pec, ciudad situada cerca de la frontera de Albania.

—Alan había empeñado una batalla contra el tiempo, y crispando las mandíbulas se daba cuenta de que este vencía, porque era muy larga la distancia y había tenido que abandonar el itinerario más corto, a causa del bombardeo del puente.

«Sin embargo, lejos de desanimarse, seguía adelante a toda velocidad, insensible al cansancio y al pesimismo. A veces, cuando los accidentes del terreno le obligaban a reducir por unos instantes la marcha, ladeaba ligeramente la cabeza para dirigir a la muchacha frases de aliento, de que tan necesitada debía hallarse ella».

Sí, se sentía muy cansada, pero su afán de huir, de salir del país, se sobreponía a su agotamiento físico y le hacía sacar fuerzas de flaqueza. En cuanto a la manera de viajar, ya casi había conseguido adaptarse; por otra parte, iba con más comodidad desde que, a la salida de Sarajevo, Alan la había instado a que montase a horcajadas, a lo que ella había accedido ruborosamente, después de una corta vacilación.

La noche ya había cerrado, y el haz luminoso del faro

ahuyentaba las negruras de la carretera. Alan calculaba que antes de media hora, posiblemente, llegarían a Pec. Y de allí a Kotor, la distancia era corta...

Mas, de súbito, algo que divisó en la lejanía le impulsó a aminorar progresivamente la marcha, dominado por un desagradable e inesperado pensamiento, que le asaltó con la rapidez del rayo.

Una interminable hilera de luces se movía a lo lejos, por la carretera, avanzando en dirección contraria a la que ellos llevaban... ¿Un convoy de abastecimiento? ¿Una columna de tropas?... Enseguida desechó la primera suposición, dado el emplazamiento del lugar y la dirección que llevaban.

Y si había que aceptar la segunda hipótesis, faltaba aún saber si eran fuerzas yugoslavas, que se retiraban del frente albanés... o se trataba de una columna motorizada italiana que había atravesado la frontera de Albania.

—¿Qué es eso, señor? —preguntó la joven, con ansiedad, aprisionando nerviosamente sus brazos.

—Aún no lo sé —repuso él, disimulando su natural inquietud—. Camiones... o tal vez carros blindados...

Sus ojos estaban fijos en la lejanía, donde el cielo se encendía con las luminarias de gran número de faros que rasgaban la obscuridad con su potente resplandor.

Y hallándose a mayor altura que el terreno que atravesaba la caravana, pudo contar aproximadamente los vehículos que la formaban. Eran ochenta o cien, o acaso más...

La joven no había quedado muy satisfecha con la ambigua respuesta de Alan. E insistió:

—Pero esos camiones o... lo que sean, no pertenecerán al enemigo, ¿verdad?

—Es probable que no —contestó él, sin mucha convicción.

—¡Ah!...

Ella no dijo más, pero Alan comprendió que estaba atemorizada.

Resuelto a salir de dudas, puso el motor al ralentí, apagó el foco para no delatarse, y dejó deslizarse la motocicleta cuesta abajo, hacia el lugar por donde avanzaba el convoy, con el propósito de acercarse a él todo lo posible.

De esta forma recorrieron casi una milla; Alan conducía con los

ojos muy abiertos, atento a los accidentes del terreno, que era bastante accidentado y desconocido para él.

Llegaron hasta unos doscientos metros de la caravana, y el roncar de los motores se percibía claramente. Entonces Alan desmontó y ayudó a la muchacha a hacerlo también; seguidamente internó la máquina por una vereda que ascendía serpenteando, adentrándose en el bosque que flanqueaba la carretera, e indicó a la muchacha que le acompañase.

Cuando alcanzaron un compacto grupo de árboles, a cierta distancia de la carretera. Alan apoyó la motocicleta en un tronco, y dijo:

—No tengo más remedio que dejarte aquí, sola, unos instantes, pequeña.

—¿Por qué no me lleva con usted? —preguntó, tras corta vacilación, dirigiendo furtivas miradas en derredor.

—Te parece que está demasiado oscuro, ¿eh? —replicó, sonriendo—. No te apures; tardaré muy poco. Pero no puedes acompañarme ahora. Sobre todo, no te muevas de aquí.

Y rápido volvió hacia la carretera. Al llegar a la linde del bosque, se encaramó a la copa de un árbol, y, oculto allí, esperó.

El ronquido de los motores se percibía ya muy cercano, y pudo divisar la silueta de los primeros vehículos, que remontaban la cuesta, precedidos por cuatro motoristas. Eran pesados camiones cerrados, que conducían tropas y pertrechos de guerra...

Y cuando empezaron a desfilar por debajo de él, vio plenamente confirmados sus temores: en la portezuela de algunos camiones acertó a descubrir la fasces romana, y oyó voces que hablaban en italiano...

La columna avanzaba despreocupadamente, si bien los soldados llevaban los fusiles apercebidos para disparar en caso de agresión, pero esto no era suficiente precaución para adentrarse en un país enemigo. Sin duda sabían bien el terreno que pisaban...

Alan vio cortada la retirada, y ya no creyó prudente llegar hasta Pec, que probablemente se hallaba ya ocupada por las fuerzas italianas que habían penetrado a través de la frontera de Albania. Ahora se imponía buscar un camino que les condujese lo más rápidamente posible hacia el sudoeste, en dirección a la bahía de Kotor.

Ésa era su última esperanza, y había que ponerse en marcha inmediatamente.

Mientras reflexionaba así, se había deslizado del árbol y se encaminaba al lugar donde había dejado a la muchacha junto a la motocicleta.

—¿Quiénes son, señor?... —preguntó, anhelante, apenas le tuvo a su lado.

—Mira, en primer lugar quiero decirte que no me llames «señor»; mi nombre es Alan. Somos camaradas de aventuras, ¿no?

—Sí... Alan —murmuró ella.

La obscuridad era tan densa en el bosque, que él no pudo advertir el rubor de sus mejillas.

—Bueno, ¿y cuál es tu nombre? —le preguntó ahora, siempre con el deseo de distraerla de la desagradable realidad.

—Yo me llamo Frida Aldershot —repuso, con su armoniosa voz.

Alan la miró un instante, y vio brillar sus ojos en la oscuridad.

Iban muy juntos, cruzando el bosquecillo en dirección a la vertiente opuesta de la colina donde se asentaba.

Y otra vez se sintió el joven encadenado por la extraña atracción que la hermosa Frida ejercía sobre él. Pero apenas podía hacer otra cosa que dirigirle algunas palabras, porque su atención había de concentrarse en el terreno que atravesaban, mientras con las dos manos hacía avanzar la máquina, que llevaba a su lado.

«Frida Aldershot...», —pensaba—. Nombre alemán y apellido inglés. Claro que ya le había indicado ella que sus abuelos paternos eran ingleses, pero el nombre... ¡Bah! No debía sentirse suspicaz; realmente, no le había dado motivos de sospecha...

Notó que ella cogía su brazo, con naturalidad. El terreno era desigual, y había suficientes piedras para exponerse a un tropezón.

—¿Por qué no ha contestado a la pregunta que le hice? —inquirió Frida, de pronto—. Le advierto que no es necesario que disimule lo que ocurre, porque lo adivino. Si esos camiones fueran de los nuestros, no andaríamos por aquí.

—Un razonamiento muy acertado, chiquilla. Pero no debes inquietarte; creo que ya hemos encontrado un buen camino.

Antes de traspasar los umbrales del bosque, ya divisaron un sendero que descendía por la ladera del monte, perdiéndose luego a lo lejos, ya en la llanura, en la dirección deseada por Alan.

Hacía rato que habían dejado de oír el monótono ronroneo de los camiones que subían por la carretera dejada a sus espaldas...

En aquella parte el sendero era estrecho, y Alan hubo de recomendar a la muchacha que se colocara tras él, para no dar un paso en falso. Avanzaba el joven con precaución, sujetando fuertemente la máquina que tenía una natural tendencia a escapársele.

Sin novedad llegaron al valle. No había luna, pero la débil luz de las estrellas proporcionaba suficiente claridad en comparación con la obscuridad del bosque. Al fondo, recortándose en el cielo, divisaron una sucesión de montañas; Alan supuso eran los contrafuertes de la cordillera que horas antes, les cerró el paso, cuando recorrían aquella carretera secundaria.

Y ahora que ante él se extendía terreno llano, nuevamente se sintió hostigado por el afán de no perder un minuto. Confiando en su destreza, pensó que lo mejor era que volvieran a montar, para saber cuanto antes a dónde les llevaba aquel camino.

—Ya hemos andado bastante, Frida. Puedes subir a la moto —dijo, invitándola con un ademán, mientras montaba él.

—Usted manda, Alan —repuso ella, atendiendo la indicación—. Pero ¿vamos a ir a oscuras? Esto no es como la carretera.

Él encendió el foco, porque era de la misma opinión, y consideraba que era indispensable alumbrar el tortuoso y estrecho sendero.

—Estoy orgulloso de ti, muchacha. No creía que fueras tan valerosa y resistente.

—A su lado me siento segura —contestó, con encantadora sencillez—, y no tengo miedo de nada.

Alan se volvió un instante para contemplar su seductora sonrisa, y recomendó, poniendo en marcha la máquina:

—Agárrate fuerte a mí, porque, de lo contrario, saldrías despedida; esto está lleno de baches.

Y ella se apretó contra él; sin protestas ni tontos aspavientos.

Después de dar muchos tumbos por la accidentada senda, que parecía no tener fin, desembocaron en un camino más ancho, pero no mucho más practicable, pues presentaban profundas rodadas de carro y apreciabas desniveles.

Alan no vaciló al escoger la dirección que había de seguir,

aunque una densa bruma ocultaba el pálido fulgor de las estrellas, y no podía orientarse por éstas. Había de alcanzar las últimas estribaciones de las montañas, para dirigirse luego rectamente hacia el sur.

Casi una hora transcurrió rápidamente para ellos, a pesar de que no cruzaron palabra alguna. Pero en ambos alentaba un único afán: llegar a la costa.

Y, de pronto, hubo de frenar bruscamente la moto, porque, al salvar un collado, el rojizo resplandor de varias hogueras se destacó en la negrura de la noche.

Un nuevo obstáculo se interponía en su camino, de naturaleza semejante al anterior. Porque el agente del «Intelligence Service» tenía de antemano la plena seguridad de que se hallaban cerca de un destacamento de tropas enemigas, italianas probablemente. Ya ahora había que descartar la suposición de que se tratase de pastores o leñadores, aunque desde allí no conseguía, divisar figuras humanas en torno a las hogueras.

Procurando hacer el menor ruido posible, y después de apagar nuevamente el faro, se deslizaron por el camino en pendiente, acortando la distancia que les separaba de los fuegos.

Pronto pudieron escuchar una canción napolitana entonada con potente voz. Aquello no demostraba por sí solo que fueran italianos los que allí estaban, pero era un detalle muy significativo, sobre todo recordando el convoy.

Toda aquella zona fronteriza estaría ocupada por tropas del *Duce*; solamente así se comprendía que no disimularan su presencia.

Alan Prescott empezó a pensar que la situación era algo comprometida, sobre todo acompañando a una mujer. Y se dijo también que sólo con un golpe de audacia conseguiría evitar que cayeran prisioneros.

Y tal vez un buen recurso fuera arrebatar dos uniformes y vestirlos ellos, con lo que aumentarían las posibilidades de pasar desapercibidos...

CAPÍTULO VIII

Pocas horas después de la entrada de las tropas alemanas en Belgrado, la Gestapo había instalado su Cuartel General en la capital yugoslava.

Desempeñaba la jefatura el *oberstleutnant* Lutz Von Schoenberg, hombre enérgico y fanático que gozaba de la máxima confianza de Himler, el Reichführer de las Waffen S. S.

Y ahora, a las veinticuatro horas de tal acontecimiento, el *oberstleutnant* estaba de un humor endiablado, porque no todo había salido de acuerdo con los planes trazados de antemano.

A su llegada a Belgrado, había encontrado al *Kapitan* Gustaw Klaus herido, así como a la agente Marika Veidt, y tres de los principales colaboradores yugoslavos habían muerto. Y los importantes documentos ingleses que aquél debía entregarle habían desaparecido.

Pero esto no era todo. Acababa de enterarse de algo mucho más grave, que le había inducido a ordenar que Gustaw Klaus abandonase inmediatamente la cama del Hospital Militar, para acudir a verle.

Al cabo de media hora de haber cursado personalmente la orden telefónica, Lutz Von Schoenberg —alto y delgado, frente amplia, ojos agudos como estiletes, y labios finos, que eran como una línea rosada en el rostro hierático— se levantó de su asiento tras la enorme mesa, y empezó a recorrer la estancia a grandes zancadas, nervioso e impaciente.

Unos leves golpecitos en la puerta precedieron a la entrada del *Kapitan* Gustaw Klaus.

Vestía ya su uniforme verde gris, con las negras franjas en torno de bocamangas y cuello, que eran el distintivo de la Gestapo. Bajo la gorra, sobresalía el blanco vendaje que envolvía su cabeza.

Después de cerrar la puerta, hizo chocar les tacones de sus botas

y se cuadró rígidamente, alzando la diestra en saludo marcial.

—¡Acérquese! —ordenó el *Oberstleutnant*, guturalmente.

Klaus avanzó unos pasos con forzado aplomo. Su rostro estaba blanco como el vendaje que cubría sus sienes; había perdido mucha sangre. Y, además, no presagiaba nada bueno aquella brusca e imperiosa llamada de su superior.

—Tengo malas noticias que comunicarle, *Kapitan* Klaus... —dijo aquél, con una mueca desagradable.

Gustaw Klaus permaneció inmóvil, con la cabeza alta y la mirada fija en la pared frontera.

—Pero antes hemos de tratar de otros asuntos —continuó el jefe, tras aquella deliberada pausa—. Ayer sólo pudimos cambiar breves palabras, porque su estado no permitía celebrar una larga conversación. Pero ha mejorado usted rápidamente, y he juzgado que una herida en la cabeza no le impedía andar —concluyó, sonriendo con perversidad.

—Así es, señor —admitió Klaus, sin mirarle.

—Por lo tanto, quiero saber ahora detalladamente todo lo relacionado con los famosos documentos secretos del enemigo —y con la reunión del Casino de Novi Sad y cuánto sucedió a partir de entonces. ¡Siéntese!— le ordenó, después de ocupar su sillón ante la gran mesa.

Gustaw Klaus se sentó en una silla, y comenzó a narrar todo lo acontecido, sin omitir detalle. En algunas ocasiones fue interrumpido por Von Schoenberg, que formuló cortas preguntas o solicitó ciertas aclaraciones.

El jefe le escuchó impasible, clavando, a veces, su inquisitiva mirada en su subordinado.

—La verdad es que no puedo felicitarle, porque su actuación ha sido bastante desdichada, *Kapitan* Klaus —dijo, incisivamente, cuando el oficial terminó su relato.

Gustaw no pestañeó. Estaba preparado para todo cuanto pudiera sobrevenir.

—Hay que apresar a ese endemoniado inglés —masculló el *Oberstleutnant*, como si hablase para sí—. No podrá salir del país, y tenderemos en torno suyo una red indestructible.

Miró a Klaus, y agregó, en tono capcioso:

—Pero usted estará impaciente por conocer el verdadero motivo

de mi llamada...

—Ciertamente, *Herr Oberstleutnant* —convino el oficial.

—Mejor sería para usted no conocerlo. Mas no quiero dejar de complacerle —añadió, con acento mordaz—. Es algo que colmará de satisfacción a nuestro Reichführer, y le hará sentirse orgulloso de sus hombres —siguió diciendo, con sangrienta, ironía—. ¡Pero usted es una bestia, Klaus; un cerdo inútil! —estalló al fin, con el rostro congestionado de ira, y descargando un violento puñetazo sobre la mesa.

El soez insulto fue para el *Kapitan* como un latigazo que le cruzara la cara. La sangre afluyó impetuosamente a sus mejillas, que parecían exangües, y luego quedaron lívidas; se puso en pie de un salto, y permaneció rígido ante Von Schoenberg. De no tratarse de un superior, habría vaciado su pistola sobre él, porque el furor le cegaba. Pero era un fanático de la disciplina.

—¿Quién le parece que puede ser responsable del fracaso de la operación confiada a los buques de la «Susak Plovidba»? —tronó el jefe, encolerizado al pensar en el desastre—. Cuatro fueron hundidos antes de que se acercaran a la costa, y los otros cinco capturados cuando se alejaban de ella cargados de fugitivos. Y con ellos hemos perdido un buen número de excelentes agentes, que se habían mezclado con la chusma para adueñarse de los barcos en el momento preciso...

La notificación de la catástrofe galvanizó a Gustav Klaus.

—No comprendo cómo pudo ocurrir —dijo, mascando su cólera—. En el golfo de Tarento y en sus proximidades, la Escuadra del *Littorio* realiza una intensa vigilancia en estos días...

—¡Bah! ¿Y de qué ha servido? —comentó, despectivamente, el *Oberstleutnant*—. Han perdido dos cazatorpederos, y un crucero ha tenido que entrar en dique, seriamente averiado. Un nutrido grupo de submarinos y destructores británicos, acompañados por un enjambre de veloces lanchas torpederas, irrumpieron en el Adriático esta madrugada... y ya sabe cuál ha sido el resultado.

Klaus estaba como petrificado. Las más encontradas sensaciones hacían presa en él, y su cabeza, débil aun, era un hervidero de ideas inconcretas.

—Pero ¿cómo... cómo se enteró el enemigo? —preguntó al fin, atormentado por la incógnita—. No hablé de ello hasta anteayer por

la noche, y de los que me oyeron, Dubrovnik no tardó en desaparecer; los otros dos no se separaron de mí hasta el momento del bombardeo, y murieron durante él; *Fraulein* Veidt queda exenta de toda sospecha...

Von Schoenberg le taladraba con la mirada, y su gesto era intranquilizador.

—Esas reflexiones son muy acertadas —comentó, interrumpiéndole. Luego, preguntó, con sardónica entonación—: ¿Pero es posible que su privilegiada inteligencia esté tan embotada que no le baya permitido pensar que el mismo que secuestró a Dubrovnik debió escuchar todo lo que hablaron en el Casino?

El oficial se estremeció, y una palidez terrosa se extendió nuevamente por su rostro, ensombreciendo sus facciones. Pero siguió envarado, erguida la cabeza.

—¿Cuántos secretos nuestros, estarán ya ahora en poder de los ingleses? —siguió preguntando su jefe, con maligna intención—. ¿Y cómo aquel hombre pudo introducirse allí, y más aún, cómo pudo enterarse de lo que trataban? Fue un caso de deplorable negligencia, Gustaw Klaus... Y, ¿cómo, cuando consiguió capturarlo, no supo eliminarlo después de obtener, recurriendo a todos los medios, los informes pertinentes? Aquí se acusa particularmente su incapacidad, su imperdonable ineptitud e inconcebible torpeza —concluyó, disparando, las palabras con agresiva y gutural entonación.

De pronto, Klaus se sintió anonadado. Su tiesura se aflojó, y la cabeza perdió su gallardía.

No podía contestar a las primeras preguntas; respondiendo a la última, manifestó con firmeza:

—Estuve atareadísimo aquella noche, señor. La conferencia con el enviado italiano, el asunto de los guerrilleros serbios, y la coordinación de varios servicios urgentes, absorbió todas las horas, hasta bien entrada la mañana. Y, por otra parte, pensé que en aquel subterráneo quedaba el inglés a buen recaudo hasta que pudiera ocuparme de él. Pero aquella bomba que...

—Si la falta de tiempo le impedía interrogarle, debió haberle ejecutado sin dilación —replicó Lutz, implacable—. El procedimiento resultaba algo irregular, pero dada la peligrosidad del individuo, no se le hubiera censurado.

Ahora, Gustaw Klaus no encontró respuesta.

El Oberstleutnant continuó, en tono sardónico:

—Me temo, Klaus, que ha llegado al final de su carrera...

—Estoy dispuesto a hacer lo que se me ordene —declaró el *Kapitan* disciplinadamente.

Una sonora y brutal carcajada resonó en la estancia.

—Lo sé, lo sé... —dijo luego el jefe, con extraña suavidad—. Pero ¿y si no se le ordena nada, Klaus? ¿Y si dispongo que le lleven ante el pelotón de ejecución, después de degradarle?...

Lutz Von Schoenberg disfrutaba torturando a los hombres, fueran enemigos o subordinados, caídos en desgracia, y sus últimas palabras fueron pronunciadas con voz que era un compendio de refinada crueldad.

El oficial no hizo objeción alguna. Se lo impedía su dignidad de hombre y de militar. Crispó los puños al oír la insultante carcajada, mas ahora escuchó impasible las palabras que equivalían a una sentencia, y su rostro permanecía rígido e impenetrable.

—No; decididamente, ya no me sirve usted —siguió diciendo él Oberstleutnant, con irritante calma—. Ya sabe qué no admitimos fracasos... ¡Retírese! —ordenó, con súbita violencia.

Klaus se cuadró con recio taconazo, saludó, y luego giró bruscamente; pisando fuerte, se dirigió a la puerta.

Segundos después, al otro lado de ella, resonó una detonación.

En la propia antesala, el *Kapitan* de la Gestapo, Gustaw Klaus, se disparó un tiro en la sien. No fue capaz de sobrevivir a las terribles afrentas recibidas.

Y cuando el *Oberstleutnant* abrió la puerta, presintiendo lo sucedido, ya había muerto.

—Lamentable —murmuró—. A pesar de todo, era un bravo soldado y un valioso colaborador...

CAPÍTULO IX

—¿Qué haremos ahora, Alan? —preguntó Frida, sumamente intranquila.

—De momento, tú te quedarás aquí —contestó, rotundo.

—¿Otra vez me deja sola? —inquirió ella, con voz trémula de temor.

—Es preciso, pequeña. Y si dentro de una hora no he vuelto, procura salvarte por tus medios. Ya sabes montar en motocicleta...

—concluyó, sonriente, para, animarla.

—¡Alan! ¿Qué significa eso? ¿Quiere decir que... pueden matarle?

En un impulso incontenible se había abrazado a él, y le contemplaba con angustiosa ansiedad.

Él se desasíó suavemente. El contacto de aquel cuerpo juvenil le turbaba demasiado.

—Nadie sabe lo que puede ocurrir —repuso, con calma—. Voy a intentar algo que nos permitirá solucionar definitivamente la situación.

—¿Cómo? —interrogó Frida, con avidez.

—Ya lo sabrás —contestó, escuetamente.

Y dio un paso para alejarse, pero ella avanzó y le retuvo por un brazo.

—Tengo mucho miedo, Alan... —balbució, apoyando la cabecita en el hombro de él—. Y estoy cansadísima...

En realidad lo estaba, pero sólo pretendía retenerle porque, aunque en realidad ignoraba lo que deseaba hacer, adivinaba en él un propósito suicida. Creyó leerlo en sus ojos, cuando la habló.

—Haces mal en entretenerme, Frida —reprochó, acariciando su negra y sedosa cabellera, mientras sus ojos giraban en derredor, como si quisieran perforar las tinieblas.

Y, de súbito, la soltó, volviéndose hacía, la derecha.

Acababa de descubrir algo que no habían advertido al detenerse en aquel lugar. A distancia relativamente corta, y apenas perceptible en la obscuridad de la noche, se elevaba la silueta borrosa de una construcción en la ladera de un montículo.

Cogiéndola de la mano, la arrastró hacia allí.

Pronto supieron que se trataba de una gran cabaña, deshabitada evidentemente. Hasta, poco antes, debió ser refugio de leñadores, a juzgar por las trazas. Alan se adelantó, y empujó la puerta, que cedió. La cabaña constaba de una sola pieza, dividida en dos por una cortina hecha con trozos de sacos. Sacó su «Still», y alumbró sucesivamente los dos compartimientos en un examen rápido, después de cerrar la puerta para que no se viera la luz desde el exterior.

Luego, salió a buscar a la muchacha.

—Aquí tienes un buen sitio para descansar —le dijo, al entrar—. Hay un par de camastros; elige el que encuentres más cómodo. Y si prefieres distraerte, puedes empezar a revolver ese montón de objetos heterogéneos apilado junto a la chimenea. Pero, sobre todo, no enciendas fuego. Sería peligroso.

Sin detenerse más, la dejó, nítida y expectante, yendo a buscar la moto.

Cuando volvió instantes después, la halló junto a la puerta de la cabaña. Creyó advertir en su actitud y en su gesto algo nuevo y extraño, pero no tenía tiempo para entretenerse en reflexiones.

—No quiero que te asustes —le dijo, disponiéndose a marchar hacia su objetivo—. ¿Por qué te empeñaste en venir? Ya te advertí que te exponías a muchos riesgos...

Frida se acercó a él.

—No tienes la culpa de lo que ocurre, Alan —contestó, con dulzura, venciendo su timidez para tutearle—. Has sido muy bueno conmigo, y si me arrepiento de haberte acompañado es porque supongo que, de haber ido solo, ya estarías a salvo.

Contemplándola con atención, Alan pensó que era casi una niña... ¡pero tan adorable como mujer!...

—No debes atormentarte con tales pensamientos, Frida, porque te aseguro que no has sido un estorbo para mí —afirmó, falseando deliberadamente la realidad—, y me ha gustado llevarte junto a mí...

Ella le puso las manos sobre los hombros.

—Por si no volvemos a vernos —dijo, con voz que temblaba—, quiero que te lleves ahora algo mío.

Y, poniéndose de puntillas, le besó en los labios, dulcemente.

Fue un beso suave, tierno y puro como caricia de niño, que hizo que Alan se sintiera feliz cuando, con rápido paso, se alejó de allí en dirección al lugar donde ardían las hogueras.

Después de recorrer un largo trecho, había llegado tan cerca de los soldados sentados en torno al fuego, que casi podía oír sus conversaciones y chirigotas. Sí, eran italianos, por el lenguaje y el uniforme.

Se hallaba pegado al suelo, pues los últimos metros los cubrió arrastrándose sigilosamente sobre los codos, pero, de no ser por el resplandor de las hogueras, que hacían más densa la obscuridad, ya habría sido descubierto.

Desde luego, había procurado resguardarse de los centinelas que había dejado atrás, paseándose con rítmico paso junto a la arboleda. La vegetación le ocultaba ahora a la vista de ellos.

Mientras se acercaba al improvisado campamento, pudo obtener una visión de conjunto, todo lo amplia que era factible lograr en la rojiza penumbra, y ahora comprobaba ciertos detalles de interés.

Entre las hogueras, interminables hileras de mantas grises denunciaban los soldados dormidos, y había grandes depósitos de agua y de víveres y municiones, lo que daba a entender que aquellas tropas no se hallaban allí de paso, sino que establecían en aquel punto una base de operaciones. Probablemente tenían la misión de aislar y combatir a los guerrilleros y fuerzas regulares que se habían fortificado en las montañas de Serbia, y quedarían así cogidos entre dos fuegos, porque era inminente el ataque alemán desde Grecia...

Después de fijarse también en la concentración de carros blindados, furgones de avituallamiento y arzones de artillería, que se divisaban a uno de los lados, volvió hacia atrás con las mismas precauciones que había adoptado al dirigirse allí.

Oculto tras un espeso matorral, esperó el relevo de centinelas, y cuando éste tuvo lugar, se dijo que había llegado su momento; evidentemente debía actuar con toda rapidez, porque faltaba ya poco para el amanecer.

Acercándose cautelosamente, se abalanzó por detrás sobre uno de los centinelas en el instante en que estaba más alejado de su compañero, y amordazándole con férrea mano, para que no alertase a los suyos, le descargó un fuerte puñetazo en la sien.

Luego lo arrastró hacia la espesura, y febrilmente le despojó del uniforme, asegurándose de que no recobraría el sentido en un buen rato. Para asegurar su pasividad y evitar que se descubriera su intervención antes de que llegase el siguiente relevo, le ató diestramente con su propio corraje.

Después, deslizándose por entre las matas, atacó también por sorpresa a otro centinela; pero no al más cercano, porque habría alarmado a los que ocupaban los flancos ver aquel gran espacio vacío, sino al de más allá.

Le asaltó en el momento en que su compañero, bastante distante, ciertamente, volvía la espalda. Y cayó sobre él con tanto sigilo, que tampoco pudo apercibirse del insospechado ataque. Agarrotándole la garganta por detrás para impedir que gritase, le noqueó con un fulminante golpe que le hizo perder el conocimiento.

Luego, procedió como con el otro.

Y llevando consigo los dos uniformes, con el revólver amartillado y dispuesto a cualquier eventualidad, se alejó de allí, arrastrándose primero, y corriendo después como un gamo en dirección a la cabaña.

También ahora la muchacha le esperaba en la puerta, y, al reconocerle, avanzó a su encuentro, gozosa, y le abrazó con emoción.

Él no la dejó hablar.

—Toma: ponte esto —le dijo, jadeante—. ¡Aprisa!

Ella tomó las prendas del uniforme que le alargaba, y las extendió ante sus ojos, atónita.

—Pero.....

—No te entretengas, pequeña —apremió Alan—. De un momento a otro pueden descubrir...

La joven creyó comprender algo de lo que sucedía, mas no hizo preguntas porque pensó que él no las contestaría, al menos en aquel momento.

—Bien; me vestiré enseguida —repuso—. Entre tanto, tú podrás ver algo que he descubierto. Ven.

Le llevó hasta la cabaña, y, ya en su interior, después de cerrar la puerta, Alan encendió su linterna, y ella aplicó un fósforo al farol que pendía del lecho.

—Mira lo que he encontrado —indicó luego, señalando un gran cajón que ahora aparecía separado de los otros.

Él se acercó, intrigado, y proyectó en su interior el haz de luz.

—¡Una emisora de onda corta! —exclamó, con asombro y satisfacción.

La sacó con cuidado del cajón, y la colocó sobre la tosca mesa. Luego, empezó a manipular en ella.

—Creo que funciona —murmuró. Y, volviéndose a la joven, que le contemplaba expectante, añadió—: Esto es maravilloso, Frida... aunque no pueda pedir ayuda para que nos saquen de este atoladero. Bueno; ahora, lo primero que hemos de hacer es vestirnos con estos trapos. Pero sin abandonar la ropa que llevamos, ¿eh?

Ella, sonriendo, desapareció tras la rústica cortina, y él revistió el uniforme.

Después, giró una mirada en derredor. Sin duda aquella cabaña había estado ocupada por un equipo de transmisiones del ejército yugoslavo, según pudo deducir del examen de las cajas abandonadas allí. El hallazgo de la emisora ya era bastante significativo... La insospechada irrupción del enemigo les obligó a huir precipitadamente, y ni siquiera tuvieron tiempo de quemar la impedimenta.

Cuando Frida reapareció, él se quedó mirándola embobado.

Ciertamente, no le favorecía mucho la nueva indumentaria, porque la guerrera era demasiado grande para ella, y los pantalones resultaban excesivamente largos, pero la inigualable gracia de sus movimientos restaba pesadez al atavío. Se había recogido hábilmente la negra cabellera, que ahora quedaba oculta bajo el gorro.

—Pareces un soldado de verdad —bromeó Alan, posando los manos en sus hombros.

—Estoy a sus órdenes, mi capitán —contestó ella, risueña, aunque se adivinaba que estaba nerviosa e inquieta.

—Escucha, Frida: debes alejarte de aquí inmediatamente, porque corres serio peligro —manifestó, ya serio—. ¿Crees que serás capaz

de llevar la moto basta el camino?

—Sí —repuso, sin titubear, percatada de la gravedad del momento.

—Entonces, vuelve por donde hemos venido, y cuando llegues a aquel grupo de árboles que hay junto a la senda, espérame allí. No tardaré.

—¿De verdad? —inquirió, con naciente angustia.

—Te lo prometo.

Y ahora fue él quien la besó, con ternura. Pero no buscó sus labios, porque lo juzgó peligroso, sino que posó su boca en una de sus satinadas mejillas.

Ella le miró un instante, con los ojos empañados, y luego se separó para, ir a búscatela máquina. Él se adelantó, y la llevó afuera.

Después permaneció unos momentos viéndola alejarse. Era valiente la chiquilla... y muy linda. Le gustaba mucho, y creía que empezaba a amarla por su ingenuidad, su bondad y su entereza; pocas mujeres sabrían mantenerse en la misma actitud que ella frente a la adversidad y los sucesivos y graves contratiempos que venían sufriendo. Y era tan bonita, además...

Pero ahora no debía permitir que su atención se desviara un ápice de lo que formaba parte de la misión encomendada: ponerse a salvo. Por eso en algunos momentos se mostraba poco efusivo, contrariando sus propios impulsos.

Entró en la cabaña, y se dispuso a ponerse en contacto con Londres, por medio de aquella emisora providencial. Había de comunicar importantes cosas, y debía apresurarse; su situación era semejante a la del que se encuentra junto a un polvorín que puede estallar de un momento a otro.

Se sentó en uno de los cajones, ante la mesa, se colocó los auriculares, y comenzó a manipular en el aparato transmisor, después de sintonizar con la capital británica.

—Shannon llama a Andrew Kensington... Shannon llama a Andrew Kensington...

Y otra vez repitió la llamada, con voz pausada, complacido al poder expresarse, después de tres días, en su idioma nativo.

La estación receptora del «Intelligence Service», en Londres, estaba permanentemente a la escucha, y la respuesta no tardó en

llegar, con gran júbilo de Alan.

—Al habla Andrew Kensington... Le oigo, Shannon... Mantenga comunicación...

Inmediatamente, *Sir* Lancaster fue avisado. Aun no se había retirado a descansar; además, en Londres era una hora más temprano.

—Le llaman de Yugoslavia, señor. El agente Shannon está a la escucha.

Con apresuramiento extraño en él, *Sir* Lancaster se aproximó al receptor.

—¡Shannon! ¡Por fin! Pero ¿dónde está, hombre de Dios?

—Luego se lo diré, Andrew. Hay peligro.

—Es lástima que nada pueda hacer para ayudarle... Estoy muy orgulloso de usted, y el Primer Lord del Almirantazgo me ha encargado le felicite. Los «vientos del Norte» fueron apresados... Bien; ¿qué tiene ahora que decirme? Transmita.

—Lo haré por orden cronológico. En primer lugar, expresaré mi opinión de que la memoria del Capitán debe ser reivindicada. Se sacrificó en aras de su honor, que no había sufrida menoscabo, por cuanto «trigo, centeno y maíz» fueron robados aprovechándose del desvanecimiento en que le sumió una añagaza traidora.

Ambos empleaban los nombres y las clavas convenidas para referirse a ciertos puntos, por si el enemigo captaba la onda, y por la misma razón Alan omitió el nombre del agregado militar de la Embajada.

—Sigo a la escucha —dijo *Sir* Lancaster.

—Tres elementos del «Gobierno Quisling» han muerto ya, en trágicas circunstancias. De los miembros conocidos, únicamente sobrevive Jelacicev, director de la Central Eléctrica de Plitvice. Como puede suponer, la Gestapo despliega gran actividad. Dos individuos destacados son el capitán Gustaw Klaus y Marika Veidt, heridos ayer en bombardeo. Y a estas horas ya se encontrará probablemente en Belgrado el teniente coronel Lutz Ven Schoenberg.

—*All right.*

—«Eolo» pagó treinta millones por «vientos del Norte», «toperas» de Croacia, y revelación de las defensas militares.

En su lenguaje convencional, «toperas» significaba «minas».

—Muy interesante, Shannon. Continúe.

—Supe ayer que quince divisiones de «Eolo» avanzaban a lo largo del frente, flanqueadas por tropas húngaras e italianas a este y oeste, respectivamente. En las zonas montañosas, se han refugiado importantes contingentes de patriotas, con el propósito de luchar hasta el fin.

—¿Pudo averiguar el paradero de Sanders?

El nombre de Sanders encubría el del agente Leonard Maxwell, desaparecido en Subotica al iniciarse la invasión.

—Nada, Andrew. Y ahora le informaré de lo más reciente. Hace unas tres horas, al norte de Pec, presencié el paso de una columna italiana, formada por cien vehículos aproximadamente, entre los que predominaban los transportes de tropa. Llevaban la dirección de Cacak...

—¿Algo más, Shannon? —cortó el jefe, algo nervioso al pensar en el riesgo que podía correr el temerario Alan.

—Sí. Acabo de descubrir, unos treinta kilómetros al sudeste del punto indicado, un acantonamiento de tropas italianas, dotadas con toda clase de servicios auxiliares...

—¿Cuántos efectivos calcula?

—Tres batallones, como mínimo. Cazadores alpinos.

—Retírese inmediatamente, Shannon.

—Lo intentaré. Estamos casi cercados...

—¿Estamos, dice? —preguntó, extrañado—. No le oigo bien.

—Sí. Ya se enterará... Ahora he de cortar. Creo que me han localizado. Adiós, Andrew...



—Ahora he de cortar. Creo que me han localizado.

Pero aquellas palabras ya no fueron percibidas por Sir Lancaster. Éste, poco antes, empezó a registrar sonidos extraños que entorpecían la normalidad de la recepción, y que fueron aumentando de tono gradualmente, hasta convertirse en un estridente zumbido.

—Escuche, Shannon... ¡Escuche! —repitió, anhelante.

Mas ya no pudo oír la voz de Shannon. El valeroso agente había enmudecido, y pronto se extinguieron todos los sonidos que llegaban del distante país.

¿Con quién o quiénes estaría? ¿Cómo había conseguido tan amplia información sobre movimientos de tropas? Y, ante todo, ¿lograría salvarse?

¿Conocería algún día las respuestas a tales interrogaciones?

Desalentado, *Sir* Lancaster abandonó su asiento, con la triste impresión de que Alan Prescott no llegaría a ponerse a salvo. Se había arriesgado demasiado...

CAPÍTULO X

Alan, dejó de transmitir, convencido de que ya su jefe no le oía, porque tampoco percibía lo que decía aquél.

Posiblemente el enemigo había captado la onda desde los primeros momentos, pero le dejaran hablar para saber de cuántas cosas se había enterado, y para informarse a su vez de lo que ignorasen, y sólo cuando empezó a revelar hechos y detalles que no debía interesarles fueran divulgados, provocaron las interferencias, que crecían en intensidad, hasta llegar a hacer imposible la comunicación.

Afortunadamente, había conseguido participar a *Sir* Lancaster lo más importante de cuanto se proponía decirle, y sentía una legítima satisfacción.

Con toda rapidez procedió a inutilizar la emisora, para que no la empleara el enemigo. Y ya nada le quedaba que hacer allí. Consultó su reloj. Pronto se desvanecería la noche...

Apagó la luz, y abrió la puerta. Efectivamente: el alba despuntaba en el horizonte. Y un nuevo día comenzaba. ¿Qué les depararía?...

Ciertamente, al ponerse en contacto con Londres, contribuyó a empeorar su situación, porque los de la Gestapo se lanzarían ahora sobre su pista como perros de presa, pero no pudo dejar de cumplir con lo que creyó su deber.

Corriendo bajó hasta el camino, y a paso atlético remontó la suave pendiente que formaba, para ir a reunirse con Frida, que estaría esperándole impaciente.

La halló en el lugar convenido, y advirtió que ya daba muestras de intranquilidad.

—¡Cuánto has tardado, Alan! —exclamó, saliendo a su encuentro.

—Te aseguro que no pude venir antes, pequeña —dijo, posando

un brazo sobre sus hombros, en gesto de confortadora camaradería —. Pero ahora nos pondremos en marcha enseguida, y no nos detendremos hasta Kotor.

—¿Y crees que aun alcanzaremos algún barco? —interrogó, dubitativa y temerosa.

—Desde luego —contestó, rápido, aunque en realidad no abrigaba tal convicción.

Había montado en la motocicleta, cuyo motor ya trepidaba, e invitaba a ella, a que lo hiciese.

—¿No vendrán tras nosotros a arrebatarnos estos uniformes? —preguntó ahora Frida, con trémula sonrisa.

—No te preocupes; aunque lo intentasen, no nos alcanzarían —afirmó, rotundo.

La potente máquina salió disparada a todo gas, y la gentil Frida, abrazadla él a su espalda, sintió desvanecerse sus temores al estar junto a aquel hombre fuerte y arrojado.

A primeras, horas de la mañana, la motocicleta de Alan Prescott volaba por la carretera cerca ya de Cetinje, a mitad de camino de la bahía de Kotor, a dónde esperaba llegar antes del mediodía.

Y de pronto, al doblar un recodo, apareció ante ellos una larga columna militar, que avanzaba por la carretera en sentido contrario al que llevaban. Eran soldados italianos de infantería...

La aparición fue tan brusca, que Alan no vaciló sobre lo que debía hacer; tratar de esconderse hubiera sido pueril, y volver hacia atrás, sospechoso y contraproducente. Por lo tanto, aumentó aún más la velocidad, y se lanzó en línea recta hacia las, tropas.

El uniforme italiano que vestían ambos jóvenes fue su salvaguardia, pues a una voz del oficial que iba en cabeza, la, columna se abrió en dos, a ambos lados de la carretera, y la motocicleta pasó entre las filas enemigas, rauda y trepidante.

A pesar de la velocidad meteórica que llevaban, Frida creyó que nunca llegarían al fin de aquel peligroso pasillo; Alan, por su parte, calculó que aquellas fuerzas sumaban un batallón, por lo menos.

Ya casi abandonaba toda esperanza de que consiguieran ponerse a salvo, porque estaban prácticamente acorralados, pero de todos modos no cejaría en su intento.

Una medida prudente sería tal vez esperar a la noche, pero eso implicaba un enorme retraso, que podía ser causa de que quedasen

encerrados en aquella gigantesca ratonera. Había, pues, que arriesgar el todo por el todo...

Sin embargo, seguir tripulando la motocicleta por aquellas carreteras era ya sumamente peligroso. Corrían el riesgo de ser detenidos en cualquier momento por un puesto de control, y, en tal caso, de bien poco serviría que Alan, habiendo destruido el salvoconducto de que iba provisto, presentase los documentos y la placa de identidad que había arrebatado a uno de los centinelas italianos, mientras Frida hacía lo propio con los que pertenecieron al otro, porque los soldados en funciones de policía tendrían ya conocimiento, probablemente, de lo que había sucedido en el campamento de los cazadores alpinos.

Se habían alejado ya dos o tres kilómetros de la columna, que quedaba oculta tras una prominencia del terreno, y Alan detuvo la máquina.

—Fin de trayecto, muchacha —anunció—. A partir de ahora, seguiremos a pie a través del campo, rectamente hacia el mar.

Ella le miró, esbozando unía sonrisa, con la que pretendía encubrir su gran inquietud.

—Pienso, Alan, que si nos salvamos será por milagro —comentó.

Él le contestó con un gruñido ininteligible. Estaba muy atareado manipulando en la moto para destruir algunas piezas esenciales. Luego la arrojó en marcha por el terraplén que bordeaba la carretera.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Frida, extrañada.

—No quiero que puedan utilizarla «ellos» —repuso, con gesto hosco.

Y, cogiéndola del brazo, la llevó consigo al otro lado de la pista, por entre los sembrados. Tras un buen rato de caminar por ellos, descubrieron una vereda que les permitiría avanzar con mayor facilidad y rapidez, y se adentraron por ella.

Alan, que llevaba a la joven de la mano, pronto advirtió en ella inequívocas señales de cansancio; más aún, de agotamiento. No era extraño. Llevaban veinticuatro horas de marcha casi interrumpida, sin dormir, y sin haber comido nada desde las primeras horas de la tarde anterior.

La enlazó por el talle, y la miró afectuoso.

—Pequeña mía... —dijo, con ternura—. Te aseguro que daría

diez años de vida por librarte de esta odisea.

—Eres muy bueno, Alan —contestó ella, reanimándose—. Y yo te agradezco de verdad todo lo que haces por mí...

—Apenas nos conocemos —manifestó él—; pero creo que has conseguido llegar hasta mi corazón. Estoy deseando alcanzar el fin de esta pesadilla para poder decirte...

La muchacha cortó con un ademán lo que presentía iba a convertirse en una vehemente declaración amorosa, porque la actitud de él era bien elocuente, y observó, contrariando sus propios deseos de escucharle:

—No debernos anticiparnos a los acontecimientos. Y, además, ahora no debemos pensar en otra cosa que en salir de esta tierra —concluyó, con acento de doloroso anhelo.

Y por propia determinación aceleró el paso.

Poco después, vislumbraron ya en la lejanía la cinta plateada del mar...

El terreno era accidentado y la vegetación abundante, y no habían, encontrado un alma desde que abandonaron la carretera. Y cuando, casi de improviso, descubrieron el tejado de una casa sobresaliendo entre unos árboles, al borde del camino, sintieron un leve recelo.

Instintivamente, Alan guió a la muchacha hacia el lado opuesto, con el propósito de desviarse a través del campo. Pero ya era tarde.

Porque apenas habían dejado el camino, sonó a sus espaldas una voz gutural, que gritó, imperativamente:

—*Halt! Über Handen!*

¡Los alemanes ya habían llegado allí! Y la enérgica conminación de detenerse y alzar las manos no podía ser desoída...

CAPÍTULO XI

Con relampagueante celeridad, Alan Prescott pensó que aquella gravísima situación sólo podía ser salvada con gran astucia y serenidad a toda prueba.

Y dedicando a Frida una rápida mirada de inteligencia, volvióse a medias, y lanzó con voz estentórea la consigna que había escuchado horas antes, durante el relevo de centinelas en el campamento.

Con paso medurado y ojo avizor, empuñando la pistola, dos individuos que ostentaban sobre el uniforme las siniestras franjas negras de la Gestapo, se acercaron a los dos jóvenes.

—Esa consigna no sirve aquí —dijo hoscamente a Alan, uno de ellos, en italiano—. ¿Qué hacéis per estos andurriales? ¿De dónde venís? —las preguntas salieron disparadas agresivamente.

—Tuvimos que abandonar la motocicleta en la carretera, por falta de gasolina —contestó Alan, espionando gestos y movimientos de los dos hombres—. Vamos a...

No juzgó necesario terminar la frase, que hubiera podido resultar comprometedora, porque, dando pruebas de su agilidad felina, y de una acometividad irresistible, derribó a uno de un potente *swing*, mientras de un feroz puntapié arrancaba la pistola de la mano del otro, que se disparó. Saltó inmediatamente sobre éste, castigándole el estómago, y poniéndole también fuera de combate, de un golpe sobre la nuca con las manos entrelazadas.

Frida, que había contemplado la rápida escena con ojos de espanto, temiendo por Alan, se sintió de pronto arrastrada con fuerza por éste, induciéndola a correr.

Más, apenas habían adelantado unos metros, varias balas silbaron sobre, sus cabezas, y algunas detonaciones rompieron la calma de la mañana.

El disparo fortuito había alertado a los compañeros de los que

ahora yacían inertes, y se habían apresurado a salir de la casa para averiguar lo que sucedía. Las siluetas de los fugitivos atraieron su atención, e intentaron detener su carrera.

Alan había empujado violentamente a la muchacha, haciéndola caer al suelo, al tiempo que él se echaba también boca abajo. Luego, giró sobre sí mismo mientras sacaba su pistola, e hizo fuego.

Los dos que habían salido de la casa se parapetaron tras unas piedras, sin dejar de disparar.

—¡Aléjate inmediatamente de aquí!... —ordenó Alan a su compañera—. Yo les entretendré.

—No quiero abandonarte —contestó ella, resuelta, a pesar del miedo que sentía.

Entre tanto, los dos alemanes, reptando entre las desigualdades del terreno, iban acercándose. Un tiro certero de Alan detuvo el avance de uno de ellos, matándolo. Pero casi simultáneamente recobró el conocimiento uno de los que habían caído primero, que comenzó a alejarse a rastras.

El agente del «Intelligence Service» no advirtió su movimiento, porque unos tupidos arbustos lo ocultaban a su vista.

Y, de súbito, se vio cogido entre dos fuegos, porque aquél había buscado una posición favorable para atacarle por detrás.

Aquella lucha desigual no podría durar, porque las condiciones habían evolucionado a favor de los enemigos de Alan. Éste y la joven se hallaban bien resguardados contra los que tenían enfrente, y Prescott disponía de otra arma y suficientes municiones, pero le venció la traición.

Y una bala en su hombro, que el pulso poco firme aún de su agresor no consiguió alojar en la cabeza, paralizó unos instantes su actividad; cuando empuñó la pistola con la izquierda ya sólo pudo disparar un tiro, porque el hombre ya se arrojaba sobre él, y se enzarzaron en un feroz cuerpo a cuerpo.

El que permanecía agazapado cerca del camino, frente a Alan, se apresuró a avanzar corriendo, y su primer gesto fue descargar un puñetazo en la cabeza de Frida, que, como una fierecilla, había acudido en ayuda de Alan, golpeando con desnudo a su agresor.

Cayó desvanecida la muchacha, y, libres del gorro, sus cabellos se desparramaron sobre los hombros. Un instante permaneció el de la Gestapo contemplándola atónito, pues no había imaginado que

bajo el uniforme se ocultase una mujer, pero su perplejidad sólo se manifestó un segundo; casi en el acto se abalanzó sobre Alan, que había conseguido enderezarse pese a su herida, y, tirando vigorosamente de sus piernas, le hizo caer de nuevo, a merced del otro.

Un brutal puntapié bajo el mentón puso fin a la combatividad de Alan, que quedó inerte sobre la tierra que ya se empapaba con su sangre.

El coronel del regimiento de cazadores alpinos había cursado un parte inmediatamente, denunciando la agresión de que fueron víctimas dos centinelas, pero nada comunicó a los de la Gestapo, porque los odiaba secretamente. Desde luego, éstos se hubieran enterado igualmente, pero aún era demasiado pronto.

Por eso, al principio, Eckert, jefe del grupo destacado en la casa solitaria, no pudo comprender la actitud de aquellos dos soldados italianos...

Luego, el hecho de que, en realidad, uno fuera una mujer, avivó sus sospechas, y, más tarde, la confrontación de los datos relativos a cierto peligroso agente británico, con los rasgos y características del belicoso individuo que habían apresado, le hizo sentirse satisfecho, a pesar de haber perdido uno de los suyos.

Estaba persuadido de que había realizado un servicio importante, que tal vez le valdría un ascenso.

Sin pérdida de tiempo dio orden de que se le curara, mientras procedía a interrogar a la chica, pero ésta se había encerrado valientemente en un mutismo obstinado, que no pudieran vencer las amenazas.

El propio *Oberstleutnant* Lutz Von Schoenberg había llegado aquella madrugada a Kotor, procedente de Belgrado, con el exclusivo objeto de dirigir personalmente los movimientos, de las patrullas volantes que tenían la misión de capturar al audaz agente del Servicio Secreto inglés.

Y aunque éste lo ignoraba, a partir del momento en que celebró por radio su conferencia con *Sir* Lancaster, cada minuto que pasaba se iba estrechando más y más la red que le tendían sus enemigos, y fatalmente había de ser apresado.

Por su parte, Eckert había recibido órdenes terminantes, y algunos miembros de su grupo estaban distribuidos

estratégicamente en las cercanías, formando cadena con otros elementos.

Se había organizado una batida a fondo, y la caza del hombre había dado el resultado apetecido.

Cuando Alan Prescott recobró el sentido, se encontró tirado en el suelo de un cuartucho que tenía en lo alto una pequeña ventana enrejada, y su primer pensamiento fue dedicado a Frida. ¿Qué habrían hecho con ella?

La idea de que la estuvieran torturando para arrancarle revelaciones que en modo alguno podía hacer, le exasperó. Él se veía, impotente para protegerla...

Estaba sólidamente atado de pies, y manos, y al hacer un movimiento sintió en el hombro un vivísimo dolor. Y entonces recordó que había sido herido... ¿Quién le había curado, aplicándole aquel vendaje?

En realidad, poco le importaba averiguarlo, aunque ahora tenía la convicción de que le consideraban una presa importante, y por eso no le habían matado. Claro que estaban muy equivocados si suponían que podrían hacerle hablar. Lo deplorable sería que pretendiesen obligarle atormentando a Frida en su presencia, porque ahora estaba persuadido de que la amaba como jamás amó a mujer alguna. Pero ni aun así conseguirían que cantase. Mordería heroicamente su dolor, aunque su corazón sangrara; no podía en modo alguno traicionar a los que depositaron su confianza en él.

Al menos de momento, había que abandonar todo intento de fuga... Mas no se dejó ganar por el desaliento, aunque pesara en su ánimo el temor del peligro que pudiera correr Frida. Lo esencial era que se hallaba con vida, y siendo así...

El chirrido de la llave en la cerradura de la sólida puerta interrumpió sus reflexiones.

Dos individuos de la Gestapo penetraron, en la habitación y se acercaron a él.

Y mientras uno le vigilaba, con la mano muy cerca de la pistola, el otro procedía a librarle de las correas que oprimían sus pies.

—¡Vamos, levántese!... —ordenó el primero, en alemán.

Ahora ya sabían que su prisionero era poliglota.

Alan se enderezó, trabajosamente, ahogando un gemido. La herida, con orificio de entrada y salida, no era grave, pero le

producía un dolor insufrible cuando se movía.

—¡Salga adelante! —indicó el mismo, con voz que parecía un ladrido, y ya con la pistola desenfundada, como su compañero.

Sabían, ya que era un hombre peligroso.

Cuando Alan llegó a presencia de Eckert, éste le contempló un instante con feroz expresión.

—Va a emprender un corto viaje —advirtió, haciendo una mueca desagradable—, y le recomiendo que no intente hacer una, de las suyas, porque le enviaremos al infierno antes de tiempo.

Eckert lamentaba vivamente no poder cogerlo por su cuenta, pero no podía desobedecer la orden de llevar inmediatamente al inglés a presencia del *Oberstleutnant*.

—¿Dónde está la muchacha? —inquirió Alan, incisivamente—. Guárdese de hacerle daño, porque de lo contrario le mataré —amenazó, con los ojos relampagueantes.

—¡Imbécil! —rugió Eckert, abofeteándole colérico.

Alan, lleno de furor, inclinó la cabeza, y le asestó un fuerte cabezazo en el pecho que le hizo retroceder, tambaleándose.

Pero Alan no pudo ver si caía, porque la culata de una pistola se abatió de canto sobre su nuca, haciéndole desplomarse, perdido de nuevo el conocimiento.

—¡Maldito diablo! —masculló Eckert, tosiendo aparatosamente—. Sólo se puede estar cerca de él cuando duerme. ¡Llevallo al auto!

Los otros dos le cogieron por debajo de los sobacos y por los pies, y le sacaron al exterior. Luego lo introdujeron en el interior de un coche parado en el camino, dejándolo caer sin miramientos, y volvieron a rodear sus tobillos, con una fuerte correa.

Momentos después salía Eckert de la casa, llevando sujeta a Frida, que pugnaba inútilmente por soltarse de sus zarpas.

—¡Alan! —gritó ella incontinentemente, al verle enroscado sobre el piso del automóvil.

—¡Vaya! —exclamó Eckert, haciéndola subir de un empujón, y sentándose después a su lado—. Por de pronto ya sabemos cómo se llama.

Sin prestarle atención, la muchacha había atraído hacia sí al inerte Alan, y le hizo apoyar la cabeza sobre sus rodillas, acariciando su cabello.

—¿Le quieres? —preguntó el alemán, sarcástico—. Peor para ti... y para él.

Uno de los hombres se había sentado al otro lado de Frida, y el tercero se colocó ante el volante.

El automóvil arrancó velozmente hacia un trágico destino.

CAPÍTULO XII

En una destartada habitación, apenas iluminada por el sol de la tarde, había tres personas: dos en pie y una sentada.

En una de las primeras destacaba el aire de dominio, el imperioso gesto de mando; era un hombre alto y delgado, que ostentaba sobre el uniforme las insignias de teniente coronel. El otro era un individuo de apariencia anodina, que se hallaba cuadrado rígidamente, como si esperara órdenes. Ambos pertenecían a la Gestapo.

El que estaba sentado vestía uniforme italiano, y enseguida se advertía que estaba sólidamente atado a la silla. Tenía la cabeza erguida, y sus ojos centelleaban.

—Le aseguro que experimento un gran placer al tenerle frente a mí —declaró irónicamente el *Oberstleutnant* Lutz von Schoenberg, rompiendo el silencio que siguió a la entrada del preso, y dirigiéndose a éste—: ¿Le satisface saber que había movilizó una brigada para apresarle?

Alan Prescott nada contestó.

—Sabemos que es usted un hombre que se halla excelentemente informado, pero sólo quiero que conteste a dos o tres, preguntas... ¡Ah! Y le prevengo que es inútil que se moleste en desmentir su personalidad. Todos sus rasgos y peculiaridades fueron recogidos con toda exactitud por el *Kapitan* Gustaw Klaus. ¿Le conoce?

El rostro impenetrable del joven no reveló la menor sensación.

—Además, tengo conocimiento de la hazaña que realizó, junto con «los otros», en el campamento de los italianos, y lleva encima la mejor prueba. Su compañero viste el segundo uniforme, Alan... De momento ya sabemos su nombre. Ella fue tan imprudente que lo pronunció en un momento de emoción. Bien. Alan, ¿qué más? Me gustaría saberlo.

Volvióse hacia el subalterno, y ordenó:

—Salga, Hermann.

Y prosiguió, dirigiéndose al prisionero:

—Confío que ahora que estamos solos contestará a estas preguntas: ¿Cuántos agentes como usted se hallaban en el país? Diga nombres. ¿Cuántos y quiénes eran los que asaltaron el campamento italiano? Indique número, y si eran paisanos o militares. ¿Cuáles son los planes británicos sobre Yugoslavia? Manifieste lo que sepa —hizo una breve pausa, y concluyó—: Como ve, es un cuestionario sumamente sencillo.

Alan sonrió despectivo. Según ya advirtió antes, aquel hombre debía suponer que la irrupción en el campamento de sus aliados había sido colectiva. Descartando que la muchacha pudiese intervenir, cabía pensar que otras personas le ayudaron. Y sin duda esta suposición se había visto robustecida, por lo que él había comunicado a Londres de que estaban cercados. Y creyó que se trataba de un grupo.

—Y debo advertir —prosiguió Lutz— que ha de responder con la verdad, porque contamos con la posibilidad de comprobar inmediatamente la veracidad de sus declaraciones.

El joven ya no pudo callar más tiempo.

—Y si esto es así, ¿por qué se toma la molestia de interrogarme? —preguntó con desparpajo.

—Me agrada conversar con tipos de su categoría —replicó, rápidamente, el *Oberstleutnant*—. Hoy estoy de excelente humor, pero le recomiendo que no intente aprovecharse de ello. Y ahora, mientras medita las respuestas, ¿podría decirme cómo se introdujo en el casino de Novi Sad? Lo que me interesa saber, ante todo, es cómo consiguió sorprender la conversación del *Kapitan* Klaus, *Fraulein* Veidt y los otros.

—Sí, estoy comprobando que disfruta de buen humor. Porque, ¿ha llegado a pensar, en realidad, que yo voy a satisfacer su curiosidad sobre ésa y las demás cuestiones? —interpeló, en tono insolente.

Von Schoenberg enrojeció de cólera, y avanzando un paso, le propinó dos fuertes bofetones que sacudieron su cabeza de derecha a izquierda.

—¡Es usted un estúpido fanfarrón! —Gruñó airado—. ¿Ignora, acaso, que poseo medios persuasivos de la mayor eficacia para

convencer a los más reacios?

—No crea que me va a asustar. Nada servirá conmigo —afirmó Alan, rotundo, mordiendo las palabras.

Los labios de Lutz eran una delgada línea rosada en su rostro, que había adquirido una expresión cruel.

—¡Oh!, es una actitud gallarda la suya. Pero usted iba con una chica...

—¡Ella nada tiene que ver conmigo! —exclamó Alan, con vehemencia—. Es simplemente una fugitiva del terror que implantan ustedes por doquier.

—Bueno, eso último es muy discutible... —repuso el *Oberstleutnant*, con helada calma—. Casi creo que no miente en lo demás, pero no me equivoco al asegurar que esa muchacha no le es indiferente... —insinuó alteradamente.

Prescott calló. Pensaba ahora que ya había traicionado sus sentimientos, mas no debía confirmar las sospechas del hombre que escrutaba su rostro con atención.

—Y usted no permitirá que sufra por su culpa, ¿verdad? —agregó, con aviesa intención.

Alan se encerró en un obstinado mutismo.

—¡Hermann! —bramó Von Schoenberg.

El subalterno apareció en el umbral, envarado en rígido saludo.

—¡Traiga a la chica! —ordenó, guturalmente, el jefe.

—¡Le digo que esa joven nada ha hecho ni nada sabe! —insistió con ardor, mascando su impotencia—. Y oiga esto: si ella sufre el más ligero daño, le aplastare como a un gusano —amenazó, con voz impregnada de odio.

Irritado, Lutz descargó en su cabeza un puñetazo que hubiera abatido un buey. La pesada silla en que se sentaba Alan se tambaleó, pero él no acusó sensiblemente los efectos del violento golpe.

—¿Cree que saldrá con vida de aquí, bravucón? —apostrofé el de la Gestapo, con insano furor.

—¡Le mataré! ¡Le mataré!... —repetía Prescott entre dientes, ciego de rencor.

La puerta se abrió, y Hermann reapareció llevando a Frida, que se debatía furiosamente entre sus brazos.

La dejó en el suelo, al llegar junto a su jefe, y ella se abrazó al

agente del «Intelligence Service».

—¡Oh, Alan!... —gimió angustiada—. ¿Qué te han hecho? Dime...

Le miraba anhelante, mientras acariciaba con ternura sus cabellos.

—Sé fuerte, Frida, que yo también lo seré —murmuró el joven, en voz muy baja.

—No te preocupes, Alan, ni temas por mí —contestó ella, en el mismo tono, con entereza.

—Enternecedor... Deliciosamente romántico y enternecedor —comentó Von Schoenberg, sarcástico—. No pueden negar que son novios... por lo menos.

Alan crispó las mandíbulas y apretó los dientes.

—¿Le importa eso mucho, esperpento? —gritó ella, revolviéndose con brío.

—Yo te domaré, fierecilla —dijo el *Oberstleutnant*, atenazando sus muñecas—, y, de paso, rebajaré los humos a ese baladrón.

Frida, sintiéndose hervir de coraje, empezó a asestar furiosos puntapiés a su aprehensor.

Con brusco movimiento, Lutz la hizo dar media vuelta, y retorciéndole rudamente los brazos se los cruzó a la espalda, con las manos casi a la altura de los hombros.

Ella sintió un agudo dolor, mas de su boca no salió un gemido.

—¡Canalla!... —Silabeó rabiosa.

Con un violento esfuerzo, Alan había conseguido enderezarse con silla y todo, pero Hermann se abalanzó sobre él y le derribó al suelo de un fuerte empujón.

—¡Trae el vergajo, Hermann! —vociferó Lutz, con gesto iracundo.

Mas apenas hubo salido, sonaron unos leves golpes en la puerta.

—¡Pase! —ordenó de mala gana.

Un oficial tauquista apareció bajo el dintel. Avanzó dos pasos, y se inmovilizó, saludando con recio taconazo.

—Acaba de llegar el 27ste, Panzerkorps. *Herr Oberstleutnant*. El general Von Hargarten requiere su presencia.

Seguidamente el oficial repitió el saludo, y girando bruscamente sobre sus talones, salió.

Von Schoenberg masculló una imprecación.

No podía dejar de atender inmediatamente la llamada, pero aquello significaba un serio estorbo en sus planes con respecto a los prisioneros.

Hermann volvió a entrar.

Con un ademán, el jefe señaló a Frida, a la que había soltado al aparecer el oficial.

—¡Llévala abajo! —ordenó—. ¡Y también a él!

Y dirigiendo una furibunda mirada a los prisioneros, traspuso el umbral, con fuerte resonar de espuelas.

En su nuevo encierro. Alan Prescott continuó percibiendo el prolongado y bronco ruido de motores y rodar de pesados vehículos que llegaba del exterior.

Hacía rato que duraba el impresionante desfile, y calculando que se trataba de un importantísimo contingente de tanques, dedujo que se preparaba una operación de envergadura. Naturalmente, no podía saber que la principal misión del 27ste. Panzerkorps al descender velozmente de norte a sur, precediendo a otras fuerzas motorizadas, y dividiendo el país en dos zonas, consistía en aislar a los serbios de los demás yugoslavos, y por el este, de los guerrilleros griegos, con el designio de aniquilarlos después.

Pero lo que en modo alguno podía dejar de advertir era que su situación y la de Frida, había empeorado notablemente. Ahora era como si ante ellos se alzase una barrera infranqueable, doblemente por el hecho de que él se hallaba esposado, y tenía también aprisionados los tobillos.

Ignoraba dónde estaba encerrada ella, pero había podido averiguar que los dos ocupaban la misma planta. Esto era sin duda un dato interesante, mas la principal dificultad estribaba en recobrar la libertad de movimientos, y poder luego burlar a sus guardianes, que debían ser numerosísimos.

Era su afán escapar con ella, pero no se limitaban a eso sus aspiraciones; un ansia homicida se había apoderado de él desde que se enfrentó con el perverso *Oberstleutnant*, y no renunciaría a su deseo de aniquilarlo.

Sin embargo, todo ello no eran más que elucubraciones de su cerebro sometido a una febril excitación. La realidad era que se hallaba impotente bajo el yugo férreo de sus enemigos...

La desmantelada estancia estaba ya sumida en la penumbra.

Declinaba la tarde de otro día, que acaso presenciara su derrota definitiva y, posiblemente, su muerte. No obstante, antes lucharía con sobrehumano denuedo. ¿Cómo? No lo sabía. Mas aun no había sido vencido...

El ruido que produjo el cerrojo exterior al ser descorrido le hizo tensar los músculos.

¿Le llevaría otra vez a presencia del *Oberstleutnant*? Fuera como fuese, estaba decidido a jugarse el todo por el todo, seguro de que, aunque fracasase, no podría hallar peor suerte de la que se le reservaba.

Hermann penetró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Y cuando ya se acercaba a Alan, éste, encogiendo las piernas con rapidez inverosímil, las levantó desde el suelo, donde se hallaba tendido, y proyectó los pies contra el vientre del de la Gestapo. Hermann lanzó un rugido de dolor y cayó retorciéndose; una catapulta no habría actuado con mayor potencia.

Con una flexión que demostraba que sus músculos eran como ballestas de acero, Alan consiguió ponerse en pie, para abalanzarse sobre el esbirro.

Y levantando sus manos esposadas sobre la cabeza de aquél, conminó con voz sorda, mordiendo las palabras:

—¡Líbrame del cepo inmediatamente, o te machaco el cráneo!

El tono de la intimación, feroz y sombrío, era inapelable; pero Hermann era un hombre esforzado, fanático del deber. Rechinó los dientes, y trató de repeler el ataque.

Mas Alan no amenazaba en balde, y además tenía una cuenta pendiente con el alemán, porque éste se había ensañado al cumplir sus funciones de carcelero.

Los dos puños esposados se abatieron como pesada maza sobre la frente de Hermann, que se desplomó con la cabeza ensangrentada, y quedó inmóvil.

Casi en el acto, Alan rebuscó en sus bolsillos, tratando de hallar la llave de las esposas. No le costó encontrarla. De paso, le arrebató el revólver.

Con la llave sujeta entre los dientes, el joven agente del «Intelligence Service» estuvo unos instantes probando de introducirla en la diminuta cerradura, colocando las manos en las posiciones más absurdas.

Al fin logró su propósito. Sus manos ya estaban libres, y por su frente corrían gruesas gotas de sudor.

Faltaba aún liberar los pies. Una navaja que halló en un bolsillo del caído facilitó tal labor, que realizó dominado por un creciente nerviosismo.

Y aún no había conseguido soltarse del todo, cuando una voz gutural sonó al otro lado de la puerta:

—¡Hermann! ¿Qué ocurre?

Tras unos instantes de silencio resonaron en ella unos golpes imperiosos; después, un tiro hizo saltar la cerradura.

Afortunadamente, en aquel breve intervalo, Alan había conseguido recobrar la plena libertad de movimiento, y tenso y expectante aguardaba tras la puerta.

Se abrió esta de par en par, impulsada por una vigorosa patada, y Prescott se dijo que tenía que salir si no quería que le achicharrasen a tiros allí mismo.

Despojóse de la guerrera italiana, en uno de cuyos bolsillos guardaba, las esposas, y con rápido impulso la arrojó al exterior, con tanta precisión, que por un segundo privó de la visión al que había disparado.

Y este segundo lo aprovechó Alan para colocarse de una zancada al otro lado de la puerta, haciendo fuego a quemarropa sobre el guardián, que cayó hacia delante con el corazón atravesado. Su revólver ladró como perro rabioso, pero el plomo se clavó en el suelo.

Mas este hombre no estaba solo, y su acompañante respondió con energía a la agresión; una bala perforó la oreja de Alan, que había salvado la vida gracias a un rapidísimo y oportuno salto de costado, dado instintivamente al disparar sobre el otro.

Y otra vez apretó el gatillo con certera puntería; de un balazo en el cerebro derribó sin vida, al que intentó matarle.

Seguidamente se refugió en un saliente de la pared, para hacer frente al peligro que se avecinaba. El largo y sombrío corredor se había poblado de voces airadas, y varios hombres, alertados, por los disparos, corrían hacia allí.

Por un instante pensó en huir por la parte contraria, pero desistió considerando que, de proceder así, sería aniquilado irremisiblemente.

Se aprestó a vender su vida a un elevado precio, y les dejó acercarse sin hacer fuego. El cilindro de su revólver ya sólo contenía cuatro balas, mas contaba también con el que rápidamente arrancó de manos del que acababa de caer.

Sin embargo, aunque cada bala significase una baja enemiga, fatalmente se vería acorralado al final, a menos que...

Pensó en Frida... ¿Dónde estaría encerrada?

¡Aquel maldito disparo en la cerradura lo había malogrado todo!

Una granizada de proyectiles perforó la pared, a su alrededor, y con pulso sereno hizo dos disparos consecutivos, deteniendo definitivamente el avance de dos atacantes.

Pero los demás se le echaban encima materialmente, como rabiosa jauría...

Y en aquel dramático instante, sonaron en el interior de la casa dos disparos aislados, que fueron seguidos inmediatamente de un infernal concierto de tiros y pequeñas explosiones.

El tableteo de varios fusiles ametralladores servía de trágico fondo a los estampidos cortos y ensordecedores de las bombas de mano.

¿Qué había ocurrido?

CAPÍTULO XIII

En la madrugada anterior, poco después de que en Londres se captara la emisión de Alan Prescott, tuvo lugar una nueva reunión entre *Sir* Lancaster, *Lord* Castle y el coronel Singleton, para orientar las decisiones del Gabinete de Guerra a la luz de las manifestaciones que formuló Alan.

—¿Y será rigurosamente exacta esa información? —inquirió el militar.

—Respondo de ello, coronel —contestó el jefe del «Intelligence Service»—. Los informes de Alan Prescott nunca han dejado de ser fielmente verídicos en todos sus puntos.

—En tal caso, se impone una decisión rápida —apuntó el Primer Lord del Almirantazgo—. Son muy importantes los intereses que se hallan en juego.

—Ciertamente —convino el militar adscrito a la División de los Balcanes—. La causa de Yugoslavia está perdida, pero aún no ha capitulado. Y ante todo, hay que considerar como valiosos puntos de apoyo esos focos de resistencia, que son importantes y numerosos... Si los mantenemos, vivos lograremos descongestionar el frente de Grecia, o cuando menos impediremos que el Eje vuelque sobre él importantes efectivos.

—Los grupos 15.º y 19.º de comandos destacado al sur del Adriático están en disposición de actuar inmediatamente —señaló *Lord* Castle.

—Y en estrecha colaboración con los montañeses serbios, pueden infligir graves golpes al enemigo —completó Singleton—. La reciente comunicación del capitán Dunajska, del Estado Mayor yugoslavo, acerca del desplazamiento hacia el sur del 27ste. Panzerkorps, precediendo a fuertes núcleos del 13.º Ejército alemán, me induce a pensar que el Cuartel General de Kotor podría ser uno de los próximos objetivos de nuestros temerarios «leopardos».

—Sí, eso significaría un serio descalabro para los nazis — comentó *Lord Castle*—. Podrían capturarse prisioneros de alto rango, y documentos de gran valor estratégico.

—Y conseguiríamos, tal vez, salvar la vida de Alan Prescott — terció *Sir Lancaster*—, que, si no me engaño, estará ya en la madriguera del lobo. Aunque sólo sea pensando en lo útil que puede sernos en otra ocasión, debemos intentar rescatarlo — subrayó—. Además, ya perdí otro agente en Subotica.

—Cursaré inmediatamente las pertinentes órdenes secretas — resolvió el coronel Singleton, del Estado Mayor Imperial.

—Haré lo propio en lo que a mi concierne —declaró el Primer Lord del Almirantazgo—. Concretemos, pues, los detalles del plan.

Y así quedó decidido el asalto al Cuartel General de Von Hargarten, que desencadenaría por sorpresa, un nutrido grupo mixto de «leopardos» y a guerrilleros.

El insospechado ataque, pues no de otra cosa debía tratarse, dada la frecuencia e intensidad de las detonaciones, paralizó por un instante el avance de los hombres que se precipitaban sobre Alan Prescott.

Tras aquella breve vacilación, la mayoría volvieron atrás, porque ya resonaban a su espalda voces de mando, rápidas carreras y entrechocar de armas.

Sólo tres quedaron frente a Alan, como de tácito acuerdo. Era gravísimo el peligro que se cernía sobre ellos desde el exterior, pero no podían retirarse de allí sin correr el riesgo de ser exterminados por aquel terrible audaz enemigo, que causaba una baja con cada disparo.

Con grandes precauciones, siguieron avanzando palmo a palmo, sin cesar de lanzar plomo por los cañones de sus armas.

De pronto, una bala mordió la mano de Alan, que vio caer el revólver porque sus dedos ensangrentados no podían sostenerlo. Empuñó el otro con la zurda, con la que no era menos temible, y sin tiempo para vendarse la herida, hizo fuego de nuevo.

Otro hombre cayó, pero aún quedaban dos, y la situación se hacía insostenible.

Afuera el estrépito era ensordecedor. Parecía que se estaba librando una batalla de aniquilamiento. Las explosiones se sucedían ininterrumpidamente, ahogando el crepitar de las armas

automáticas.

Y mientras esto ocurría, él se veía inmovilizado allí, detenido por sólo dos hombres... Crispó las mandíbulas, y, resuelto a acabar con ellos, afinó la puntería y disparó otra vez.

Y otro de los de la Gestapo fue tocado; no murió, pero quedó incapaz de seguir luchando.

Ya sólo tenía enfrente uno, mas también únicamente contaba con una bala. La última...

Después, si fallaba el tiro...

El seco chasquido que sonó a unos centímetros de él arrancando esquirlas de piedra, precedido por el siniestro zumbido del proyectil, le hizo decidirse.

Si no eliminaba al tercer hombre, éste acabaría con él.

Fue cosa de un segundo. La detonación que provocó el percutor de su revólver coincidió casi con la aparatosa caída de su enemigo, mortalmente herido en la cabeza.

Ya era hora. Desangrándose por la mano, y con el rostro cubierto de sangre por la herida de la oreja, torturado también por el dolor que le producía la herida recibida por la mañana, Alan pasó como una tromba por encima de los caídos, después de coger un par de armas que vio en el suelo.

—¡Frida! ¡Frida!... —gritó estentóreamente.

Fue golpeando todas las puertas de aquel interminable corredor, sin resultado alguno.

Y tenía que estar allí... a menos que la hubiesen sacado mientras Hermann iba a buscarle a él.

Aquel pensamiento le estremeció pero siguió buscando, hasta que se dio cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos. Y entonces pensó que no debía entretenerse más, mientras afuera se estaba ventilando, acaso, la definitiva libertad de ambos y de muchos otros seres: la vida de todos. Por otra parte, fuera como fuese, más segura estaría allí dentro, ya que todos los esbirros del *Oberstleutnant* estaban empeñados en aquella lucha a muerte.

Si encontrara a, aquel verdugo...

Después de recorrer a toda prisa varios pasillos y estancias desiertos, alcanzó la salida, que estaba defendida por tres o cuatro miembros de la Gestapo, provistos de fusiles ametralladores dirigidos al exterior.

Le repugnaba disparar por la espalda, mas en este caso no vaciló; era algo mucho más sagrado que su vida lo que estaba en juego.

Y varias detonaciones que sonaron casi al mismo tiempo denunciaron el aniquilamiento de aquéllos, que ni siquiera tuvieron tiempo de descubrir al agresor.

Inmediatamente se hizo cargo de uno de aquellos fusiles, y saliendo al exterior con infinitas precauciones, lo emplazó en sitio adecuado para batir a sus enemigos, que se verían cogidos entre dos fuegos.

El combate se hallaba en su punto culminante, y se desarrollaba simultáneamente en varios lugares próximos; el desenlace era aún imprevisible, porque aunque el factor sorpresa pesó decisivamente en los primeros instantes, no pudieron ser cubiertos todos los objetivos antes de que interviniera el grueso de las fuerzas enemigas destacadas en aquellos parajes.

La noche era muy oscura, pero los deslumbrantes fogonazos de las explosiones orientaron a Alan, sobre la dirección que debía dar a sus disparos, y desde un ángulo muy favorable abrió un mortífero fuego sobre las fuerzas del *Oberstleutnant* que se defendían en aquel lado, y cayeron segadas como por una gigantesca guadaña.

El propio Lutz von Schoenberg, que recorría la línea estimulando a sus hombres, apareció ante el punto de mira del fusil ametrallador que manejaba Alan. Con feroz satisfacción, éste le dejó aproximarse. Quería que supiera de quién procedía el tiro qué pondría fin a su vida.

Cuando calculó que podría oírle, pese al fragor de la batalla, le gritó:

—¡Acérquese, Von! ¡Quiero brindarle el honor de sostener un duelo conmigo!

Lutz saltó como un tigre hacia donde estaba el joven, profiriendo terribles denuestos, y disparando con saña su pistola.

Alan se había expuesto peligrosamente al querer proceder con lealtad, que en, el paroxismo de su furor no supo apreciar von Schoenberg. Por eso, para no sucumbir estúpidamente, Prescott se vio precisado a hacer un disparo.

Uno solo, porque fue suficiente. El jefe alemán giró sobre sí mismo, y luego cayó de bruces, arañando la tierra. Después, quedó

definitivamente inmóvil.

EPÍLOGO

En aquella lucha sangrienta, Alan Prescott derrochó heroísmo inigualable, y se le vio en los lugares de mayor peligro haciendo gala de una temeridad suicida.

Su decidida intervención contribuyó poderosamente al triunfo de los suyos, que escasamente media hora después se retiraban a favor de las sombras, hacia la abrigada caleta cercana a la bahía de Kotor, donde aguardaban cuatro veloces lanchas torpederas.

Habían caído muchos de aquellos valientes e impetuosos «leopardos», y también bastantes patriotas yugoslavos, pero las bajas, causadas al enemigo eran infinitamente superiores. Y buen número de aquellos patriotas, entre los que se contaban abundantes elementos del ejército, estrecharon la mano de Alan antes de dirigirse a sus refugios de la montaña...

Entre éstos se hallaba el capitán Dunajska, herido también, que abrazó emocionado a su amigo al separarse de él.

—Sabíamos que estabas aquí —le dijo—... Nos lo había comunicado uno de nuestros agentes de información, que, disfrazado de leñador, pastor sin ovejas o campesinos, sin tierras, merodean por estos contornos.

Alan también se impresionó al despedirse de aquel amigo entrañable, que había puesto en la balanza todo el peso de sus fuerzas para salvarle.

En realidad, Alan Prescott había correspondido con creces a su rasgo, librándoles de ser aniquilados en la consecución de otros objetivos. La deuda había sido pagada, y la amistad entre ambos jóvenes se había sellado con sangre.

A pesar de las bajas sufridas, podía afirmarse que el éxito había coronado la empresa.

El general van Hargarten, y varios jefes y oficiales de su Estado Mayor, habían caído prisioneros, y se habían capturado importantes

documentos relativos a futuras operaciones. Todo ello aparte del grave castigo infligido a las huestes invasoras, diezmadas tras los tanques destruidos por los «bazookas», en el borde de los bancales, y junto a los muros de la alquería y sus dependencias. La acción había culminado en la voladura del polvorín, misión confiada a dos bravos «leopardos», de los cuales sólo volvió uno.

Y lo que personalmente era más importante para Alan: se había rescatado a Frida, que lloró de alegría al verle libre.

Cuando las lanchas de los comandos, surcando raudamente la mar, se hubieron alejado de la costa y de las aguas peligrosas, para adentrarse en el libre Mediterráneo con rumbo a su base, Alan Prescott abandonó un instante su puesto de observación para reunirse con la muchacha, que le acogió con una radiante sonrisa.

—Te quiero, mi pequeña Frida —le dijo, ciñendo su esbelto talle, y atrayéndola hacia sí—; te quiero con toda el alma, pero creo que no debo alimentar esperanzas. Ya has visto los peligros que amenazan a un hombre como yo.

—No me importa —repuso ella, rotunda—. Yo también te amo, y nada me hará renunciar a ti.

Y hablando así, apoyó con abandono la hermosa cabeza en el hombro masculino. Él inclinó el rostro, y besó sus labios fragantes con delectación, con apasionada ternura, como no lo había hecho hasta entonces.

Atrás quedaba la torturante pesadilla, roja de fuego y de sangre, el alucinante torbellino que habían atravesado en aquellos dos días inolvidables; ante ellos, con las luces, de la próxima aurora, que apuntaban inciertas en el horizonte, triunfaba el alborear de un porvenir dichoso, porque nada destruiría su gran amor...

FIN